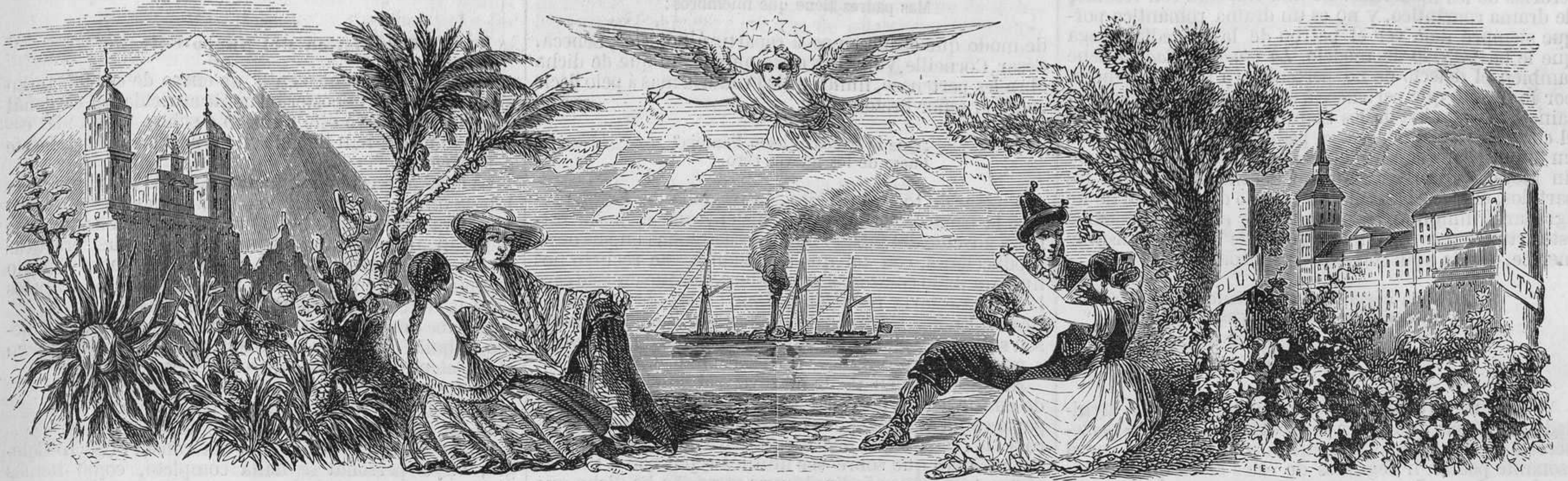


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA É ILUSTRADA REUNIDAS.



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 12. — N° 15.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO :

Poetas españoles contemporáneos ; Don Francisco Martínez de la Rosa. — Estadística del Sacro-Colegio. — Ejército inglés. — Don Juan de Lanuza ; leyenda. — Historia de la Semana ; grabados. — De las doce á las dos, episodio histórico. — La Isla de Java ; grabados. — La venganza de los difuntos ; conclusion. — Naufragio y salvamento de la Indiana ; grabados. — Narracion de una catástrofe. — Fuga de madama de Laroche-jacquelin. — Anécdotas. — Boletín científico ; grabado.

las composiciones de su género, y no es extraño, porque como la forma en la poesía, es una circunstancia tan esencial que realza ó destruye el relieve de las ideas, y solamente los verdaderos hombres de genio llegan á dominarla, se explica bien como un concepto altamente epigramático en Marcial nos parece insípido en el señor Martínez de la Rosa. Pero es el caso, que no satisfecho este señor con escarbar en el depósito de las ideas, que desde la civilizacion de los indios y los egipcios ha venido amontonando en forma de libros la in-

teligencia humana, no contento digo, con apropiarse un concepto, necesita además tomar el plagio como tema para producir malísimas variaciones. Me acuerdo, á propósito de esto, de uno de los mencionados epitafios, que dice así :

« Aquí Fray Diego reposa ;...
Y jamás hizo otra cosa. »

El pensamiento que este pareado envuelve, se pierde, como suele decirse, en la noche de los tiempos. No sé si Noé lo transmitió á sus descendientes como un residuo de los tiempos antediluvianos, pero puedo asegurar que despues de haber recorrido casi todas las lenguas muertas, ha viajado por casi todas las lenguas vivas, siendo tan conocido y popular en nuestra patria hace muchos años que nuestros abuelos lo legaron como cosa muy antigua á nuestros padres. El señor Martínez de la Rosa, sin embargo, nos lo da por original, y no satisfecho del plagio, nos ofrece esta in-calificable variacion :

« Aquí yacen dos maestrantes
Ocupados como ántes. »

Y nadie dudará que este epitafio es mas malo que el anterior, puesto que siendo plagio de otro plagio, tiene además la desventaja de estar detestablemente versificado. Pero veo que voy quebrantando mi propósito de no juzgar al señor Martínez de la Rosa en el concepto de poeta satírico, y por otra parte ya es hora de considerarle en el de poeta dramático, aunque no es mucho lo que pienso decir sobre este asunto, el mas estéril de cuantos hasta aquí han podido caer bajo el dominio de la critica.

El autor del *Edipo*, la *Conjuracion de Venecia*, la *Viuda de Padilla*, ¡Lo que puede un empleo! y otras varias producciones inferiores á estas, no es un poeta trágico, ni un

Poetas españoles contemporáneos.

D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

No quiero detenerme á probar que el señor Martínez de la Rosa no es un poeta satírico á pesar de los esfuerzos que ha hecho por brillar en el género epigramático, porque lo juzgo inútil en atencion á que bajo este concepto hasta sus mismos amigos han reconocido su incapacidad. En efecto, si fuésemos á examinar su obra titulada *el cementerio de Momo*, podríamos citar muchos epitafios que tienen grandes pretensiones epigramáticas, pero tambien veríamos que si alguna vez el autor ha conseguido su objeto, ha sido recurriendo al plagio ; y no lo repruebo enteramente á pesar del horror con que he mirado siempre este delito de lesa-moralidad en el imperio de las bellas letras, porque, francamente, cuando un hombre se toma la libertad de dirigir al público la palabra, sea en prosa ó en verso, verbalmente ó por escrito, debemos temer que gaste el tiempo en no decir nada ó en decir algo malo. Vale mas que diga alguna cosa, y sobre todo, que diga algo bueno, aunque nada de lo que diga sea suyo. No se crea por esto que los epitafios del *cementerio de Momo* merezcan llamar la atencion entre



El domingo de Ramos en Tolon.

poeta dramático, ni un poeta cómico, del mismo modo que, como llevo dicho y demostrado ya, no es un poeta lírico, ni épico, ni satírico, ni nada que se lo parezca. *El Edipo* es una colección de reminiscencias de todas las tragedias que con este título han visto la luz pública desde Sófocles hasta Voltaire, pero sin ofrecer en su conjunto la sencillez de los antiguos ni las bellezas literarias de los modernos. Es una tragedia con resabios de drama romántico, y no es un drama romántico porque siempre deja ver el patron de la tragedia griega que le ha servido de modelo. *La viuda de Padilla* tiene también el defecto de no pertenecer á ningun género, por lo mismo que pertenece á todos desde la tragedia al sainete: la heroína de los Comeneros tiene en esta obra el corte de una rabanera, el padre de Padilla es en ella un tonto, Mendoza un mentecato, y en medio de que su fin moral parece encaminado á contentar á todos los partidos, el autor ha tenido el talento diplomático de no agradar á ninguno. Si no fuera por el temor de dar á este artículo mayores dimensiones de las que el asunto merece, citaría aquí muchos versos como estos:

¿De una mujer ilusa y delirante
La momentánea cólera te arredra?

— ¿He de sufrir su enojo?
— Pues perezca,

Versos que no carecen de entonación, pero sí de dignidad; pues mas que á una tragedia sería parecer pertenecer á la del Manolo, y seguramente que hasta por el asonante podían ir seguidos de estos otros que con razón han alcanzado en el tono sainetesco una gran celebridad:

— Que mi honor vale mas de cien ducados.
— Ya te contentarás con dos pesetas.

Hay un drama del señor Martínez de la Rosa que produjo en su tiempo mucho efecto, y es *la Conjuración de Venecia*; pero á pesar del efecto que produjo es quizá la composición ménos importante de su autor. Este drama es una aglomeración de todos los malos resortes que tocó el romanticismo para horrorizar al mundo, pues baste decir que el señor Martínez de la Rosa echó mano hasta del tormento, haciendo salir á la escena un personaje con los brazos descoyuntados; y mis lectores comprenderán que empleando recursos tan terribles, nada hay mas fácil que producir efectos en el teatro. Pero á esta circunstancia agrega el drama la parte patriótica, lo que era muy importante en la época en que se dio á luz. En efecto, debemos tener en cuenta que en aquel tiempo el pueblo español acababa de sacudir una cruel y larga pesadilla. Al desplomarse el edificio levantado por Calomarde, se despertó el generoso entusiasmo de las ideas nuevas, proscribiendo todos los elementos de la antigua tiranía. Don Francisco Martínez de la Rosa encontró las pasiones exaltadas en favor de la libertad; los ánimos irritados contra el yugo que acababa de romperse; en una palabra, los corazones ebrios de patriotismo; y entonces fué cuando dió su *Conjuración de Venecia*, llena de anatemas contra los tiranos y contra la inquisición; plagada de alusiones favorables al nuevo cambio político, vaciada, por decirlo así, en la turquesa de las exigencias revolucionarias, ¿cómo podía entonces dejar de aplaudirse? Pero sométase de nuevo á la prueba ese drama tan bien recibido en los primeros años de la llamada regeneración política; póngase en escena hoy que el entusiasmo patriótico se ha entibiado y desaparecido el gusto á las exageraciones románticas, y apuesto cualquier cosa á que todo lo que en algun tiempo excitaba el sistema nervioso de los espectadores, hace en el día reír ó hostezar. En suma, *la Conjuración de Venecia* es un mal drama de circunstancias, con todos los defectos y sin ninguna de las bellezas de la escuela de Victor Hugo; es un folleto contra el tormento, pero folleto de brocha gorda, sin novedad ni estilo, que solo se recomienda por una circunstancia, y es que no tiene tan mala verificación como las demás producciones dramáticas del autor, lo cual se concibe bien sabiendo que dicho drama está escrito en prosa.

No es mas afortunado el señor Martínez de la Rosa en el género cómico, que también ha ensayado firme en su propósito de recorrer como su amor ideal todas las flores del pensil literario. Su comedia titulada *la Niña en casa y la madre en las máscaras*, no merece siquiera los honores de la crítica, y lo que puede un empleo, es hija del mismo padre. Esta última, sin embargo, tiene algun colorido aunque falso; pero ¿es verosímil aquel don Meliton que de todo prescinde ménos de llenar la panza? Y no porque no sea posible el carácter de este personaje, pues en nuestros días han figurado mas de cuatro Melitones como el del señor Martínez de la Rosa, sino porque no todo lo que es posible en el mundo es verosímil en el teatro, y cuando el arte no sabe dar el preciso atractivo á las creaciones de la imaginación, hasta los fenómenos mas naturales y comunes toman el aspecto de la excepcion ó del absurdo. Lo que nos repugna en el mencionado don Meliton, no es el tipo, sino lo recargado de este, porque es ridículo el modo violento con que el tal hombre abjura sus ideas por un destino, como son de mal tono las groserías que se permite contra sus mas queridos amigos, y como, en fin, es inconcebible la excesiva credulidad con que da fe á una noticia que ni siquiera se presenta autorizada con el sello del correo. Todo esto como llevo dicho tiene falta de preparación, y está desenvuelto tan pobremente, que se resiente de una palidez mortal á pesar de los sentimientos democráticos que parecen haber inspirado

dicha producción, y de muchas palabras atrevidas que serian hoy denunciadas en concepto de sediciosas.

En resumidas cuentas, todas las obras dramáticas del señor Martínez de la Rosa son inferiores al *Edipo*; y esta tragedia, como ántes indiqué, es obra de tantos ingenios, que bien pudiera aplicársele aquel verso de Quevedo á doña Dinguidaina:

Mas padres tiene que miembros;

de modo que si fuésemos á repartir á Sofócles, Séneca, César, Corneille, Voltaire y otros muchos lo que de dicha obra les pertenece, nunca quizá vendría mas á pelo decir como el señor Breton:

¿Que le queda al buen Pantoja?
Fuera de los nueve cero.

A pesar de todo, lo repito, la tragedia de *Edipo* merece la pena de verse, y yo quisiera que el autor hubiera zurcido del mismo modo cosas ajenas en sus otras producciones, con tal que apelando á este recurso nos hubiera dado cosas mas agradables, porque en este caso la crítica estaria reducida á decir: « las obras dramáticas del señor Martínez de la Rosa son buenas, pero no son tuyas, » y á él le quedaria el consuelo de contestar: « mis obras no son mías, pero son buenas. »

No faltará quien tache de severo el juicio que acabo de emitir acerca del señor Martínez de la Rosa, y por mi parte confieso que no he pecado quizá de indulgente; pero á las razones que he dado ya para no gastar contemporizaciones que sobre ser inútiles repugnan á mi carácter, tengo que añadir algunas otras. Ya he dicho que este literato goza de una reputación colosal, y á los autores debe juzgárseles con arreglo á la importancia que han alcanzado con sus obras. He dicho también que el señor Martínez de la Rosa, jactándose en sus notas y advertencias de haber escrito por pasatiempo, limado bien sus escritos y escogido lo mejor para darlo al público, ha renunciado al derecho de quejarse cuando la crítica examine sus obras con el rigor que ordena el amor á la verdad. Ahora debo añadir, que dicho señor no contento con buscar en la práctica la realización de sus ilusiones, ha pretendido ser autoridad en la teoría; es decir que ha publicado una obra didáctica con el título de *Arte poética*, y no hay hombre de conciencia que pueda disimular los defectos en los que han dado reglas para evitarlos. ¿No es, pues, sensible, que gozando el señor Martínez de la Rosa una fama inmensa como poeta, y siendo además preceptista, encontremos sus obras tan distantes de la perfección? Porque es menester decirlo; el autor de quien voy hablando, no solo ha pecado por su falta de inspiración, en lo que nos ha hecho ver que no ha nacido poeta, sino hasta por la infracción de las reglas mas conocidas y respetadas de todos los principiantes. Por ejemplo, se dice que deben evitarse con cuidado las cacofonías, y entre otras muchas que hallamos en este autor, podemos citar la siguiente que se halla en la composición titulada *la mansion del amor*:

El aura semillas lleva,

defecto que hubiera podido evitarse diciendo:

Semillas el aura lleva.

Es también regla muy sabida la de que en los romances debe procurarse que los asonantes inmediatos no sean consonantes, y el señor Martínez de la Rosa, sin embargo de ser preceptista, incurre con mucha frecuencia en esta falta imperdonable. Así hallamos en uno de sus romances la siguiente cuarteta:

Los grandezuelos descubren
Mas dañadas intenciones,
Y en vez de inocentes juegos
Aguzan flechas y arpones.

Pero este defecto es de marca mayor en la comedia titulada *la niña en casa*, donde hallamos nada ménos que tres consonantes seguidos por asonantes, verbigracia:

Dió una noticia importante
Y es que á Cádiz ha llegado
Correo de Veracruz.
— Ya estaba yo con cuidado
Sin noticias de mi padre.
— Pues mi dichoso cuñado, etc.

Fáltame decir que este autor tan purista y preceptista tiene alguna vez, y sobre todo en los versos, faltas de lenguaje, y para demostrarlo me bastará citar los versos siguientes del *Edipo*, en que comete uno de los galicismos mas garrafales:

¿De cuando á acá los dioses inmortales
Amparar la inocencia han defendido?

¿Quiere esto decir que don Francisco Martínez de la Rosa carece de talento? No por cierto. Me complazco en repetir que reconozco en dicho señor una inteligencia estimable y una instrucción poco comun. Su obra histórica publicada bajo el título de *Espíritu del siglo*, á pesar de sus paradojas y de la sistemática parcialidad con que en ella se desfiguraron los hechos es un trabajo respetable por muchos conceptos. No se distingue por un estilo brillante aunque á veces peca de florido, pero su prosa es fácil y correcta; y si al considerar solamente los versos del señor Martínez de la Rosa la conciencia se reacciona contra el renombre de poeta que ha alcanzado sin merecerlo, al leer sus obras en prosa es preciso pa-

gar el tributo que se debe á un apreciable literato, y confesar como anteriormente he manifestado, que dicho señor ocupa dignamente un lugar en la Academia. Creo haber hecho justicia á don Francisco Martínez de la Rosa.

J. M. VILLER GAS.

Estadística del Sacro-Colegio.

Los capelos vacantes en 1º de enero de este año eran siete, y la muerte posteriormente acaecida del cardenal Diepenbrock elevó este número á ocho; pero todas estas vacantes se han llenado en las promociones del siete del corriente.

La edad avanzada de muchos de estos príncipes de la Iglesia ofrece la probabilidad de algunas vacantes próximamente; y no es de presumir que todas ellas se llenarán al momento, porque no está en las prácticas de los Soberanos-Pontífices el tener el Sacro-Colegio completo; generalmente se reservan algunos capelos para las circunstancias imprevistas y urgentes.

Se sabe que el número de miembros del Sacro-Colegio se halla fijado por las constituciones pontificales en el de setenta, divididos en tres órdenes, á saber:

El de los obispos, compuesto de seis;
El de los curas, compuesto de cincuenta;
El de los diáconos, compuesto de catorce.

De los setenta cardenales de que consta el Sacro-Colegio, cuyo personal se halla completo, como hemos dicho,

Seis pasan de la edad de ochenta años;
Trece llegan ó pasan de los setenta;
Diez y nueve cuentan de sesenta á setenta años;
Veinticuatro se hallan entre los cincuenta y sesenta;
Y ocho tienen de cuarenta á cincuenta.

El decano por la edad es el cardenal Oppizoni, que ha cumplido ya los ochenta y cuatro años, y lleva cincuenta de cardenalato.

El mas joven es el cardenal Andrés, que nació en 1812, y por consiguiente tiene ahora cuarenta y un años.

Quedan todavía dos cardenales del tiempo de Pio VII; el cardenal Oppizoni, primero de la orden de los clérigos, y el cardenal Riario-Sforza, primero de la orden de los diáconos.

Viven tres de la creación del papa Leon XII, que son el cardenal Macchi, primero de la orden de los obispos y decano del Sacro-Colegio; el cardenal Fransoni y el cardenal Barberini.

Treinta y cinco han sido promovidos por el papa Gregorio XVI, y treinta por el papa actual Pio IX, que como se ve ha renovado en siete años casi la mitad del Sacro-Colegio.

Cincuenta y cuatro cardenales pertenecen á la Italia é islas adyacentes, y solo diez y seis á las demás naciones.

Los cincuenta y cuatro cardenales italianos se dividen del modo siguiente entre los diferentes Estados de la península:

Treinta y tres son romanos de nacimiento ó por adopción;
Siete son piemonteses;
Siete napolitanos;
Cuatro pertenecen á las provincias del reino Lombardo-Veneto;
Y dos á la Toscana.

Los diez y seis cardenales no italianos pertenecen á las naciones siguientes:

Seis á la Francia, sin contar dos originarios de Córcega;
Tres al Austria, sin contar cuatro nacidos en sus posesiones italianas;
Dos á la España;
Dos á Portugal;
Uno á Bélgica;
Uno á Inglaterra;
Y uno á Prusia.

Veintisiete cardenales, comprendiendo entre ellos á Brunelli y Viale-Preta, residen actualmente en Roma y toman una parte principal en el gobierno espiritual de la Iglesia católica, así como en el gobierno temporal de los Estados-Pontificios: todos ellos son italianos.

Ejército inglés.

« Toda la infantería inglesa, exceptuando los cuerpos escoceses que han conservado el traje pintoresco de sus montañas, lleva todavía la casaca de faldon largo y estrecho. El regimiento de carabineros está vestido de verde y los demás usan el traje encarnado. Los granaderos de la guardia gastan la gorra de pelo, y los demás cuerpos del ejército el shako; en general el uniforme, equipo y armamento inglés, es casi el mismo que se usaba hace 40 años; pero no obstante los grandes obstáculos que el espíritu de reforma encuentra, los esfuerzos que hoy hace el príncipe Alberto para introducir la túnica y el casco de las tropas alemanas, podrán muy bien acabar por vencer la oposición de los viejos generales, ahora sobre todo que el mas ilustre de ellos no existe ya, para resistir con la autoridad de su larga experiencia y de sus gloriosos servicios, á las innovaciones de origen extranjero.

Cada regimiento lleva escritos en sus banderas los

nombres de las grandes victorias á que asistieron. Dichas inscripciones se hacen por medio de una real orden. Entre los títulos de gloria que de esta manera figuran en los estandartes británicos, algunos hay por cierto cuya legitimidad es contestada, puesto que se refieren á batallas de dudoso desenlace.

Suelen también instituirse medallas en recuerdo de las campañas más memorables, como las de la península y Waterloo, tienen derecho á llevarlas todos los que concurrieron á dichas funciones. No existen otras condecoraciones en el ejército inglés, á no ser el orden militar del Baño, que solo se concede á los gefes y generales. Esta orden comprende tres categorías, á saber: grandes cruces, comandadores y caballeros.

Las tropas inglesas en campaña marchan seguidas siempre de un inmenso convoy que transporta el bagaje, municiones y víveres del ejército, no llevando el soldado encima, como en otros países, sus víveres y utensilios de campaña, y si solo sus prendas de vestuario. Los inconvenientes de este sistema han sido señalados frecuentes veces. El más grave es el embarazo y confusión que ocasionan tan numerosos parques y de donde resulta indispensable la lentitud de los movimientos de avance y la dificultad de los de retirada.

La experiencia en las últimas guerras ha probado que los soldados de los demás ejércitos europeos, á pesar de la mayor carga que llevan con respecto al inglés, hacían marchas más largas y sostenían mayores fatigas.

La constitución británica exige á los ciudadanos de los alojamientos militares. El rey Carlos I, queriendo obligar á sus súbditos á alojar tropas, sublevó en todo el reino un grave descontento, y la revolución que más tarde le costó el trono y la vida debió en gran parte su origen á este sentimiento nacional, explotado hábilmente por la oposición parlamentaria. Los ingleses de hoy son tan celosos de este privilegio como sus antepasados.

El ejército no está unido á la nación por aquellos vínculos íntimos que en otras partes. El soldado inglés, reputado como mercenario, obtiene por consiguiente poca simpatía de parte del pueblo.

Sin embargo raras veces ocurren riñas ó conflictos. La severidad de la disciplina y los reglamentos que prohíben llevar armas fuera de los actos del servicio, contribuyen mucho á mantener, al ménos en apariencia, la buena armonía entre las clases civiles y militares.

Los regimientos ingleses tienen muchos soldados casados cuyas familias ocupan un lugar separado en cada cuartel. El duque de Wellington, convencido de los inconvenientes de semejante costumbre, quiso remediarlos; pero sus esfuerzos fueron estériles.

El espíritu de cuerpo, resorte el más enérgico de la fuerza militar, existe en alto grado entre los ingleses. Cada regimiento conserva primorosamente sus tradiciones, y tiene su historia escrita día por día, sin omitir el menor detalle.

Los soldados y sargentos que la edad ó los achaques inutilizan para el servicio activo, reciben una pensión ó sueldo de retiro. Se les designa con el nombre de *pensionarios*. Cierta número de ellos tienen admisión en el hospital militar de *Chelsea*, cerca de Londres. Los demás pueden residir donde mejor les convenga, pero los que aun pueden llevar las armas, están obligados á servir en clase de tropas de reserva ó de policía, si se les necesita. En varias circunstancias los pensionarios fueron formados en regimientos y empleados como auxiliares del ejército activo y de la milicia en el interior del reino.

Aunque el ejército inglés solo se nutre de voluntarios, el soberano tiene sin embargo el derecho de llamar al servicio militar todo soltero en estado de llevar las armas. Este derecho le es conferido por la ley de disciplina (*mutiny act*) que el parlamento vota todos los años. Pero esta disposición legislativa nunca ha sido aplicada, y el día en que esto se intentase, la opinión pública se produciría tan unánime y enérgica contra una medida tan opuesta á las costumbres nacionales, que no hay gobierno que se atreviese á pasar adelante.

Muy notable fué en el año pasado la fuerte oposición que por parte del país entero encontró el *bill* sobre milicia. La idea de un sorteo, aun para un servicio *sedentario*, repugnaba á los instintos británicos. El ministro Russell, autor de este proyecto, fué derribado, y el gabinete que le sucedió, tuvo que modificar la proposición para hacerla adoptar; sin embargo los enganches voluntarios forman hoy la base de dicha milicia lo mismo que en el ejército activo.

Después que las discusiones parlamentarias han hecho conocer los detalles de la organización de la milicia, inútil es extenderse aquí sobre este asunto; pero los hombres competentes ven que esta reserva no basta para suplir en caso necesario á la insuficiencia del ejército permanente.

Los crímenes y delitos perpetrados en el ejército son juzgados por tribunales militares llamados *cortes marciales*, y casi idénticos á nuestros consejos de guerra. El comandante en jefe los convoca y designa los oficiales que han de constituirlos. La mayor parte de las penas aplicadas por dichos tribunales en materias criminales, causan la degradación de los militares sentenciados. En otras épocas el castigo llamado de las *baquetas*, se usaba frecuentemente por faltas contra la disciplina. Pero hoy este castigo bárbaro y depresivo se aplica en pocos casos, lo cual es una concesión á la opinión pública.

No terminaremos el presente artículo sin añadir al cuadro que del ejército inglés acabamos de presentar á

nuestros lectores, una breve noticia de las tropas que militan en las Indias orientales, las cuales, por más que estén al sueldo de una compañía comercial, no por eso dejan de constituir parte esencial é integrante de las fuerzas del imperio británico.

Además de los 30,000 hombres del ejército real, (*queens-troops*) que alternadamente destacadas de la metrópoli, ocupan las tres grandes provincias de la India oriental inglesa, cada una de estas tiene tropas indígenas y europeas, regulares á irregulares, organizadas y denominadas de la manera que sigue:

Distrito de Bengala.

Un cuerpo de guardias de corps del gobernador general.

Diez regimientos de caballería regular.

Diez y ocho id. de caballería irregular.

Dos regimientos de infantería europea.

Setenta y cinco regimientos de infantería indígena.

Distrito de Madrás.

Ocho regimientos de caballería regular.

Dos regimientos de caballería europea.

Cincuenta y dos regimientos de infantería indígena.

Don Juan de Lanuza.

JUSTICIA MAYOR DE ARAGON.

LEYENDA.

(Conclusion.)

Tanto horror pide venganza,
De Dios la suprema ley
Hasta los tronos alcanza,
Y pesan en su balanza
Tanto el paria como el rey.

El monarca castellano
Ve la sombra de Lanuza
Con la cabeza en la mano
Que ante sus pupilas cruza
Siempre diciendo: ¡Tirano!

Y el tirano está sumido
En el lecho del dolor,
Y aunque no lanza un gemido,
Causa angustia, causa horror
Con su gesto retorcido.

Los ojos frecuentemente
Con afán penoso cierra
En vano; siempre presente
Ve el espectro que le aterra
Pues clavado está en su mente.

Sobre el pecho gravitar
Siente un peso como peña;
No le deja respirar,
Y en sacudirlo se empeña,
Y no lo puede lograr.

La mano mover intenta
Para rechazar sangrienta
La fantasma que le embiste
Y la mano se resiste
Y su albedrío violenta.

¡Un rey de tanto heroísmo!
Un rey que abría á los piés
De cualquier otro un abismo,
Hoy obedecido no es
Ni siquiera de sí mismo.

No puede hablar y hablar quiere:
Su lengua paralizada
Ni una palabra profiere,
Que si alguna empieza, muere
Antes de ser pronunciada.

Próximo, en fin, á espirar,
Frio casi como hielo,
Aun se esforzaba en hablar,
Y Dios le quiso otorgar
En su agonía un consuelo.

«Padre, dijo al confesor,
En este momento extremo
Mi contrición, mi dolor,
Desvien de mí el furor
Con que amaga el Juez supremo.

¡Don Juan!... ¡me sigues en pos!..
Tiembla el labio si te nombra:
Riegas con sangre la alfombra;
¡En el camino de Dios
No me interpongas tu sombra!

Más malos que mi intención
Mis consejeros han sido.
A su impío corazón,
Tú, don Juan, muerte has debido
Y servidumbre Aragón.

Los palaciegos malvados
Que rodeaban su lecho
Quedaron avergonzados,
Pero el rey sintió en su pecho
Los pesares embotados.

Poco duró su agonía,
Pronto se rompió del todo
La cadena que le unía
A este vil mundo de un día
Donde hasta la vida es lodo.

Más hasta el próster instante
Tuvo un espectro delante
Con la cabeza en la mano
Y oyó una voz incesante
Que le lamba tirano.

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

Historia de la semana.

La semana de Pascuas se ha vengado ampliamente de las abstinencias de la cuaresma. Cacerías, corridas de caballos, bailes, espectáculos, nada ha faltado. El miércoles último, que hacia un hermoso día de primavera, hubo una soberbia cacería en la floresta de San German, en las inmediaciones de París, á la que concurrieron muchos aficionados seguidos de una numerosa comitiva de la alta sociedad. En las principales plazoletas por donde debía pasar el ciervo y sus perseguidores, se veían elegantes carretelas con muchas señoras, y entre los cazadores se distinguían varias amazonas vestidas con un traje particular, esto es, con una chaquetilla verde con galones de oro y sombrero blanco con largas plumas, traje copiado del que llevaban las señoras nobles que iban de caza en tiempo de Luis XV, y que realza sobremanera la hermosura femenina. El día se pasó alegremente, pero la crónica no cuenta cuál fué el resultado de la lucha; es probable que el ciervo hizo lo mismo que los cazadores, á saber: irse á acostar tranquilamente cuando llegó la noche.

Hoy domingo, si el tiempo lo permite, como dicen en España los carteles de toros, habrá una famosa corrida de caballos en La Marche, en la que se hallarán tantos y tantas de los que en la sociedad parisiense están atacados de la anglomanía.

La semana de Pascuas ha traído á París la muchedumbre ordinaria de cómicos de provincia que acuden á la capital á buscar ajuste. La Rusia, no contenta con lo que posee, y posee nada ménos que la compañía italiana que por tantos años hizo las delicias de París, así como varios artistas del Teatro Francés, ha enviado un comisionado para llevarse gente, actores, músicos, pintores, etc., etc., como si el Emperador de todas las Rusias tuviese el pérfido deseo de trasladar la capital de las artes á las heladas márgenes del Neva.

Causa extrañeza y terror al mismo tiempo el ver el afán con que San Petersburgo le disputa á París sus celebridades. Hace medio año un retratista francés de los más afamados quiso dar un paseo por la Rusia, donde solo pensaba residir el tiempo que se gasta en un paseo, dos ó tres meses, pero el artista habia contado sin la huésped. La sociedad moscovita le recibió con tanto favor y benevolencia, su nombre se puso tan en moda, y son tantos sus parroquianos que, para cumplir con todos ellos, quizás deberá pasar allí el resto de su vida.

La aristocracia rusa lleva hasta el extremo el furor de reproducirse en pintura; los grandes señores de ese país no pierden jamás la ocasión de mandarse retratar por un pintor célebre, y sobre todo las señoras nunca se ven hartas de retratos.

Cuéntase con este motivo que la hermosa princesa rusa Sidonia D..., en el tiempo que ha vivido este invierno en París, pasaba ordinariamente cuatro horas diarias en servir de modelo para la copia de su imagen, haciendo trabajar á un tiempo á siete pintores diferentes de los más acreditados. Cada uno de estos siete pintores le hacia un retrato de cuerpo entero, representándola en actitud y traje distintos.

Así pues, la señora princesa se ha llevado á San Petersburgo siete cuadros de su admirable persona, que podemos describir del modo siguiente:

- 1º En peinador de mañana;
 - 2º Sentada á su tocador con los cabellos despeinados;
 - 3º De amazona, montada á caballo;
 - 4º En traje de estío paseándose por frondosas arboledas;
 - 5º Vestida de baile con todos sus diamantes;
 - 6º Disfrazada con un traje histórico que llevó á una fiesta de la corte;
 - 7º Acostada y durmiendo en un lecho de raso y encajes.
- Estos siete retratos de índole diversa representaban, pues, á nuestra noble dama, seria, — alegre, — animada, — pensativa, — hablando, — con frente meditabunda, — y risueña. La princesa sostiene la tesis de que ninguna mujer puede

mandarse pintar en ménos de siete retratos, añadiendo que aun esta galería individual está muy léjos de completar un solo tipo emenino.

¡Qué buenas teorías para los retratistas!

Entretanto, la cuestión de Oriente no solo hace estragos en el mundo político, sino que produce grandes derrotas en la Bolsa.

Víctima de estos desastres financieros, ocasionados por los Dardanelos, se cita un rico advenedizo, cuya historia es bastante curiosa, aunque nada extraña en la época singular en que vivimos.

Este buen señor era hace diez años un simple carretero que andaba por los caminos reales, sin otra propiedad que la de la carreta.

había un brasero lleno de carbones apagados, lo que mostraba claramente la intención de suicidio.

Encima de un velador había una carta cuyo contenido era el siguiente:

« Quiero matarme, porque me es insoportable la vida sin ser rico; estoy arruinado, pues apenas me quedan unos veinticinco mil francos de renta, y mas vale morir que arrastrar una existencia miserable... ¡Malditos sean los turcos! »

Sin embargo, el jugador de Bolsa tendrá que resignarse a la vida, pues los cuidados que al punto se le prodigaron concluyeron por devolverle el uso de sus sentidos.

¿Qué piensan nuestros lectores de un carretero, que en vez de estar guiando un par de bueyes, intenta suicidarse porque no tiene mas que veinticinco mil francos de renta?

ceremonia gastronómica, pero nadie se había presentado aun. Pasó un cuarto de hora, pasaron dos, dieron las ocho, y ni un alma viviente atravesaba por aquella soledad. Júzguese cuál sería la impaciencia y asombro de los consortes que estaban muy seguros de no haberse engañado al escribir sus esquelas, ni en la hora, ni en el día, ni el nombre de las personas á quienes habían querido hacer tan malhadado obsequio, sin que tampoco les quedara la menor duda de que las cartas habían sido entregadas á su debido tiempo. ¡Qué significaba, pues, aquella ausencia general tan extraordinaria, y que no podía tomarse de otro modo sino como un insulto! Por fin, á las nueve de la noche el diplomático y su señora se sentaron solos á su espléndida mesa de catorce cubiertos, sin ganas de disfrutar de las delicias de aquel opíparo festín; el marido apenas



El domingo de Ramos en la baja Normandia.

Una porción de circunstancias, todas dichas para él, pusieron á nuestro hombre al frente de un corto capital, á cuyo beneficio trabó conocimiento en París con un bolsista que le lanzó en la carrera de la fortuna.

El ex-carretero era por lo visto afortunado, pues todo cuanto hizo le salió bien, y se cuenta que hizo sendas inocentadas, pero es sabido que todo lo que sale bien, nuestra sociedad lo califica de muy santo y muy bueno.

Al contrario, la admiración que le profesaban rayaba en un grado superlativo, que fué proclamado el rey del famoso templo del agiotaje.

Pero no hay mal ni bien que cien años dure, como dice el proverbio. El atrevido especulador, por haber dudado de los turcos, y por haber tenido demasiada confianza en los bárbaros del Norte, ha perdido estos últimos días la mayor parte de su considerable fortuna.

Anteayer mañana, el primer criado que entró en su alcoba le encontró pálido, inanimado y yerto; á los piés de la cama

El día 1º de abril es en París lo que es en Madrid el de los Santos Inocentes, un día de chascos y de invenciones para explotar la credulidad del prójimo, y para divertirse á sus expensas.

Méiez-vous des poissons d'avril.

decía el viénes un periódico que se ha dado la misión de señalar diariamente al público vagabundo el mejor empleo que puede hacer de sus horas en París.

Que los chascos abundan este día, es de suponer; ¿cuando pierde la gente, y la gente francesa, el buen humor?

Pero hay coincidencias [singulares como esta de que vamos á hablar.

El viénes último, una docena de personas habían recibido esquelas de convite para ir á comer á casa de un diplomático que habita un hermoso palacio en uno de los mejores barrios de la capital. A las siete de la noche, los dueños de la casa esperaban á sus convidados en el salon para dar principio á la

permaneció sentado algunos momentos, cuando se levantó, se puso el sombrero, y se fué á la Opera con la esperanza de hallar allí la solución del enigma, si daba la casualidad que se encontrase con alguno de los que le habían hecho aquel desaire.

En efecto, despues de dar dos ó tres vueltas por el salon de descanso del teatro, se encontró juntamente con uno de ellos, y entabló al punto con él el siguiente diálogo:

— No hubiera creído encontrar á Vd. aquí esta noche, caballero.

— ¿Y porqué motivo?

— Porque me figuré que debía Vd. estar enfermo; ¿no ha recibido Vd. una esquila de convite para venir á comer á mi casa?

— En efecto; pero ha de saber Vd. que no soy tan tonto que vaya á caer en esos lazos, respondió el convidado soltando una carcajada.

— ¿Cómo pues?

— Doce hemos recibido la misma carta; y lo mas curioso es

que algunos de ellos se habrían presentado inocentemente, si ayer no les hubiese yo advertido en el teatro Italiano del peli- gro que corrían.

— ¿Con qué ha sido Vd. ?...

— Yo mismo, que les he tenido lástima, porque me acuerdo de que el año pasado recibí una esquelita semejante de un ami- go mio, cuando fui á su casa me encontré con que el señor estaba viajando por Italia hacia mas de un mes, pero no hay cuidado, porque no me llevaré otro chasco.

La misma crónica de donde tomamos este hecho añade, para formar contraste, otro caso de 1º de abril bastante curioso :

Uno de los avaros mas célebres que hay en París, ingenioso como lo son todos, supo aprovecharse de la ocasion para pasar

En nuestra última revista dijimos, que las ceremonias reli- giosas de semana santa no tienen en París la pompa y brillo que en nuestros países, pero nos faltó añadir, que si bien es verdad que esto sucede en la capital, en cambio fuera de ella se conserva intacto el aparato exterior de la religion católica en esos dias solemnes lo mismo que en los otros pueblos de la cristiandad.

El grabado que va al frente de este número, representa un domingo de ramos en Tolon, donde hay la costumbre de que los niños acompañados de sus padres y de sus criados lleven á los oficios el ramo que les regalan dias ántes con este fin. Inú- til será decir aquí el fervor con que aquel ejército de niños y niñas se pone en fila en la iglesia para recibir la bendición.

Pero de repente cesan los cánticos; todo el mundo se arro- dilla, las frentes se inclinan humildes, y el ministro del Señor echa su bendición al pueblo.

Después de esta ceremonia, la muchedumbre se dispersa por el cementerio á regar con lágrimas los sepulcros donde reposan seres queridos, y adornarlos con ramos benditos.

Si de Francia pasamos á Sicilia, veremos como las solemnidades religiosas léjos de haber perdido su pompa tradicional, se perpetúan por el contrario con tanto ó mas brillo que en los tiempos primitivos.

En nuestra lámina que representa la procesion del santo entierro en Palermo, descubrirán nuestros lectores un as- pecto de antigüedad que parece trasladar al espectador al



Procesion del viernes santo en Palermo.

por hombre desprendido, dando un convite, sin gastar un cuar- to; á varias personas de su tertulia. En efecto, el dia 1º del su- sodicho mes envié las correspondientes esquelitas con aquel motivo; aunque teniendo buen cuidado de mandar despues se- cretamente á cada convidado una cartita anónima sobre los peligros á que se exponen aquellos cuya credulidad no está bien alerta y prevenida contra las burlas de ese dia. Dada esa campanada, naturalmente los convidados llegaron á pensar que se les queria dar un chasco, y solo así podían ellos explicarse el generoso convite del avaro, convite que desde luego les pa- reció la cosa la mas inverosímil del mundo. Así pues, se abs- tuvieron prudentemente de asistir á la comida, que nuestro hombre se guardó muy bien de disponer, porque estaba seguro del negocio; pero al otro dia aparentó el mas vivo despecho, y se mostró muy picado en su tertulia, recibiendo muy mal la excusa que le dieron sus convidados :

— Mal pretexto han escogido Vds., les dijo enfadado; han querido Vds. hacerme una afrenta; pero esto me servirá de leccion, y juro que en mi vida volveré á dar comidas á nadie.

Hay ramos de todas dimensiones y de todos precios. El ramo es un palo forrado de papel dorado, y rizado con varios alambres de distancia en distancia de los que cuelgan dulces y confites, llevando á la punta una hermosa naranja caramelada.

Los niños pobres se contentan con bizcochos y tortas, en vez de los dulces y la naranja.

En la Normandía, el domingo de Ramos presenta un carácter mas grave; apenas resuena en los aires la humilde campana de la aldea, cuando los campesinos adornados con sus mejores atavíos se precipitan en la iglesia con cargas de laurel, de palmas y ramas de boj para que el sacerdote los bendiga.

Los fieles se reúnen en el cem-terio junto al tejo antiguo y venerado que guarda el sombrío asilo de los difuntos; la procesion da una vuelta despacio por todo el cementerio sobre las piedras y la yerba que cubren los restos de sus antepasados, guiada por dos mozos que van tocando las campanillas. Después vienen el pendon y la manga adornados con guirnal- das de verdura, luego los diáconos con sus blancas sobrepelli- ces, los sochantres, los niños de coro, y por último el cura y los fieles con sus verdes ramajes.

tiempo de las cruzadas, ó al de las famosas luchas contra los sarracenos. — En la tarde del viernes santo sacan á las calles de Palermo una imagen de madera representando al Cristo desclavado de la cruz, y metido en una urna de cristal á cuyos esquinzos superiores se ven unos angelitos dorados, cada cual con uno de los instrumentos del suplicio. Por encima de la urna sobresale una gigantesca palmarizada. El honor de llevar el santo cuerpo pertenece á los penitentes de la muerte, que van precedidos de dos soldados, y seguidos de seis guerreros que ponen encima sus manoplas de hierro para signi- ficar que se hallan dispuestos á verter su sangre por defender la urna sacrosanta. Detrás viene una Virgen arrodillada y llo- rando, y el arzobispo de Palermo cierra la procesion que va acompañada de una inmensa muchedumbre en actitud res- petuosa; los hombres con la cabeza descubierta, y las mujeres con mantilla como en las procesiones de Sevilla ó de Madrid, da que quizás otro dia hablaremos extensamente á nuestros lec- tores.

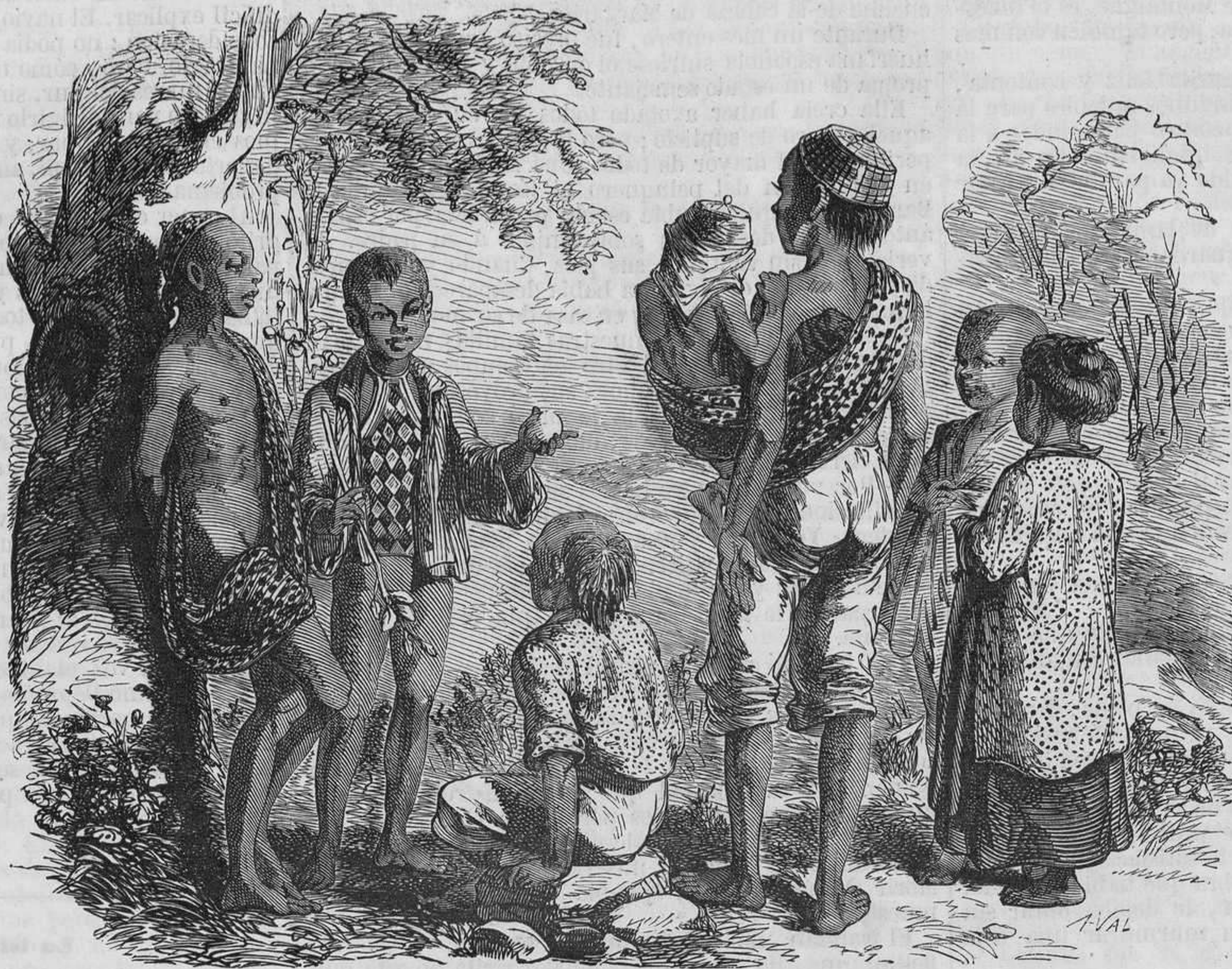
MARIANO URRABIETA

Los dibujos que hemos recibido hasta ahora del señor Van Pers son cinco. El primero representa seis niños javaneses de sexo y edad diferente. Su traje bastaría para revelar la dulzura del clima. Ordinariamente, en la clase ínfima, se dejan á los niños desnudos hasta la edad de cinco ó seis años. Esta costumbre da á sus miembros una soltura que conservan muchas veces hasta una edad avanzada, y como, por otra parte, viven sobriamente, la obesidad y las diformidades corporales son entre ellos muy raras.

Pasada esta primera edad, el traje de los niños, aunque reducido, por lo general, á lo indispensable, no deja de ser pintoresco. El primero de estos vestidos, para ambos sexos, es un pedazo de tela de forma triangular, *oto*, que cubre el pecho y el bajo vientre. Mas tarde, las niñas llevan una especie de zagalejo plegado, y los muchachos un calzon sujeto á la cintura con un cordoncito. Algunas veces solo llevan sobre los hombros el *sarong*, hecho con una tela indígena. En los días festivos se añade al traje de las niñas una especie de blusa abierta por delante, *badjoe*, que les llega á las rodillas; los muchachos se ponen una chaqueta corta, *badjoepindak*, de tela delgada, sujeta al cuello con un boton.

A los cuarenta días de su nacimiento se les afeita la cabeza á los niños de ambos sexos, pero con esta diferencia, que á los varones se les dejan dos mechones de pelo, uno por delante y otro atrás, mientras que á las hembras solo se les deja uno en la coronilla; pero en cambio, á los muchachos se les sigue afeitando la cabeza, mientras que se deja crecer la cabellera de las niñas, aun sin cortársela, si no es á causa de algun accidente ó enfermedad.

La habitacion que representa el segundo dibujo es la de una familia indígena, medianamente acomodada. Junto



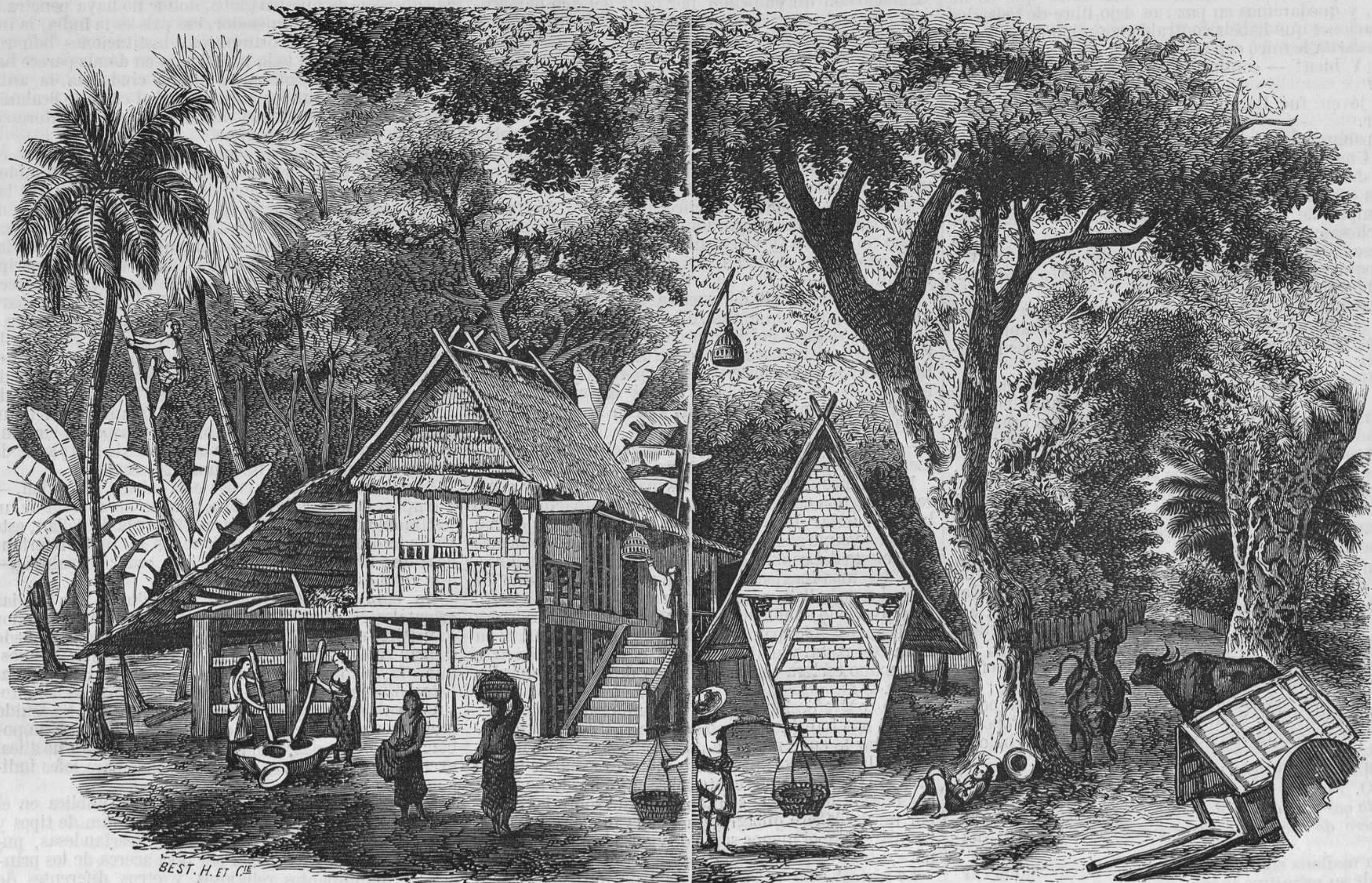
Niños javaneses.

á la casa está el *tomhoug*, destinado á conservar la provision necesaria de arroz hasta la inmediata cosecha. Al lado del establo, donde se guardan los búfalos empleados en el cultivo, hay dos mujeres machacando arroz para el consumo del día; mas allá vuelve otra con la ropa lavada en el río, mientras que en lo mas alto de la escalera, una jóven, con el pelo tendido, como lo llevan generalmente dentro de casa, da de comer á una tórtola enjaulada, que está en la galería exterior. Los javaneses tienen una idea supersticiosa del canto de las tórtolas; y cierta modificacion en su arrullo les da el valor en venta de veinte, treinta y aun cuarenta pesos.

Un paisano trepa á un coco; otro lleva el fruto en

varios usos; el colosal *tamarindo* con abundantes vainas, y cuya pulpa se emplea para sazonar los guisos; el bambú, extendido como un abanico, y que da fresca sombra á toda la casa. No léjos, el café, y algunos otros arbustos, que producen diversos pimientos, contribuyen á satisfacer las necesidades domésticas. Puéblense estas magníficas arboledas con millares de pájaros que llenan el aire con sus variados cánticos, y se comprenderá que, bajo la influencia de tan risueña naturaleza, el feliz habitante de este Eden ejecuta alegremente sus fáciles trabajos, y conserva hasta la vejez toda la simplicidad primitiva de su carácter.

Las casas son en general muy groseras, desiguales, guarnecidas por bambús cortados y trenzados de dife-



Habitacion javanesa en un kompong (aldea).

rentes maneras. El tejado está cubierto de hojas de *alang-alang*, fijadas por medio de listones, unidos el uno con el otro á los bambús que forman el armazon del tejado. Esta cubierta es impermeable, pero necesita renovarse de cuando en cuando.

Reunidos los materiales, todos los vecinos ayudan á la construcción, que gracias á esto, se acaba muy pronto. Cuando la obra está concluida, se hace un cobertizo; cada uno, segun sus medios, trae provisiones; las mujeres vienen á preparar la comida, y por la tarde, los hombres toman parte en el banquete de inauguración, *sedeka*, comunmente presidido por el cura del Kompong, *hadji*, que ocupa la cabecera. La mas perfecta armonía reina en estas reuniones, que se disuelven temprano, llevándose cada cual el resto de las provisiones, dividido entre ellos por partes iguales.

No pudiendo describir en un cuadro pequeño los variados trajes del país, será forzoso limitarse á algunos de ellos. En el tercer grabado, una sundanesa, ó habitante de las alturas, está representada llevando su hijo al estilo javanés, es decir pendiente de un chal, *selindang*. Esta manera le permite vacar á sus trabajos domésticos: su vestido es una especie de blusa azul, *badjoe*, y una banda larga, *kayen pandang*, que cubre la parte inferior del cuerpo. Generalmente los javaneses llevan el vestido muy corto, á fin de



Mujer sundanesa.— Javanés de clase baja. — Javanés en traje de fiesta.

que no les estorbe para sus incesantes trabajos.

El javanés que está en pie junto á ella, lleva el traje del día festivo, mas comunmente adoptado en la isla. Encima del pañuelo que cubre su cabeza, tiene el *songko*, especie de sombrero, abierto por arriba, principalmente destinado á defender la vista de los ardientes rayos del sol. Su chaqueta cumplida, *kattivo*, es de tela rayada. Su *cris*, puesto en la cintura, está colocado en la espalda á la usanza de Java. Su *sarong*, está sujeto á los riñones por el cinturón, y lo trae de la manera mas usada en el país.

El personaje sentado es de baja esfera, un *koeli*, mandadero, ó mozo de servicio. Lleva la chaqueta al hombro, un calzon muy corto, y en la mano tiene el *toudon*, ó ancho sombrero que le sirve de sombrilla y paraguas juntamente.

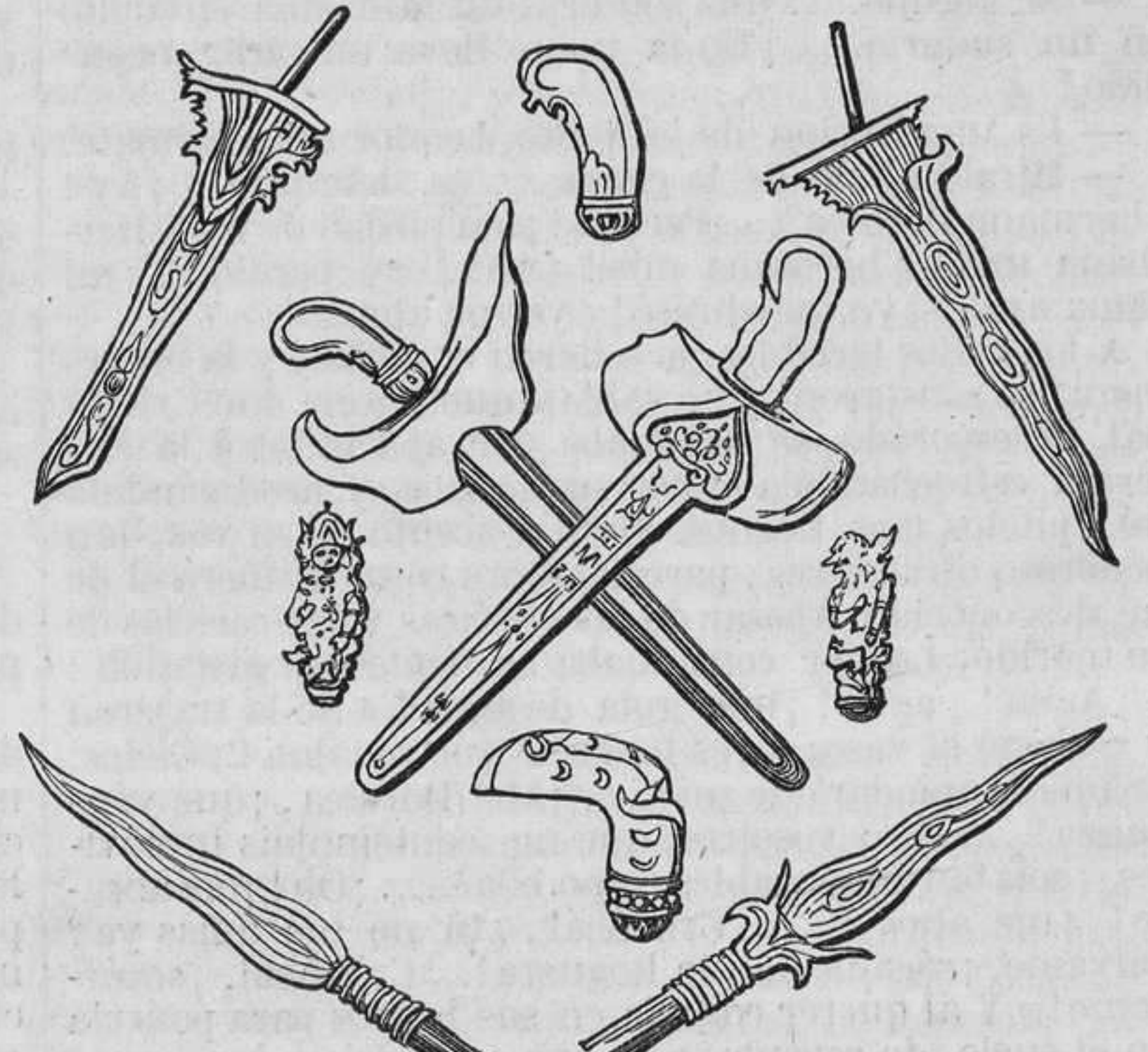
La cuarta lámina representa las armas que se usan en la isla de Java; los *cris*, cuyo mango y montura varían de forma, aunque se diferencian poco de los modelos figurados aquí. Las empuñaduras de los *cris*, son de un trabajo delicado, y sobre todo extraño. Los de los jefes son de oro macizo, y algunos adornados con piedras preciosas. La hoja varia ménos. Generalmente es curva, labrada, profundamente rayada en toda su extensión, y barnizada con una preparación acidulosa, en la que el jugo del limon entra en mucha cantidad. Esta preparación que da al acero un tinte mate, la



Cris, y armas de guerra de los Javaneses.



Tipos javaneses.



Goloks, cuchillos y armas para la caza.

preserva de enmohecerse. Los demás son los hierros de las lanzas, y los *goloks*, de que se sirven los javaneses para cortar la madera ó ir á cazar. Algunas hojas están rayadas, pero la mayor parte son lisas. Cortan muy bien, porque tienen cuidado de afilarlas con frecuencia, y untarlas con grasa.

Los dos jóvenes de la lámina 5.^a son dos *gambous*. Así se llaman los danzantes que figuran en los bailes ó pantomimas que dan en su casa los jefes javaneses. Las alas, los brazales y adornos que llevan en el pecho, son de cuero de búfalo, calado y pintado de diversos colores. En la cabeza llevan una especie de corona de flores artificiales, sujeta al pañuelo que llevan puesto. Las orejas están con flores de naranjo. El *cris* va á la cintura, y está colocado en la espalda. Los dos pedazos de tela que cubren la parte inferior, aunque están colocados mas teatralmente, se parecen sin embargo á esta parte del vestido que traen por lo comun los habitantes de Madura. En los pies llevan ajorcas. Uno tiene en la mano un escudo, y el otro



Gambous, bailarina mimica y guardia de corps de un jefe javanés.

un genio ó quimera, que ocupa mucho lugar en la mitología javanesa; estos atributos sirven para acompañar sus gestos en las diferentes danzas que ejecutan. En las ceremonias, toda la comparsa de danzantes de un jefe superior forma parte de su cortejo.

El hombre que está junto á ellos forma tambien parte de la comparsa; son una especie de guardias de corps, literalmente guardias del lion, *singo-sekars*, que acompañan á sus jefes en las grandes solemnidades. El casco singular que cubre su cabeza, es, como el de los jóvenes, de cuero de búfalo, tambien calado y pintado. Á los dos lados penden tambien dos pequeñas guirnalda de flor de naranjo. Sus cabellos descubiertos indican sus funciones guerreras. Á la cintura, en el lado que su posición no deja ver, lleva colgado el *cris*. Los pedazos de tela flotantes acompañan sus pantomimas en las danzas guerreras que deben ejecutar de vez en cuando, y para esto se proveen además de un escudo. Un calzon, que les llega á las rodillas, completa su uniforme, y la lanza su armamento. L. DE W.

Naufragio y salvamento de la INDIANA en la costa oriental de Madagascar. — Efectos que produjo en el mar un terremoto que ha causado grandes estragos en las islas Molucas.

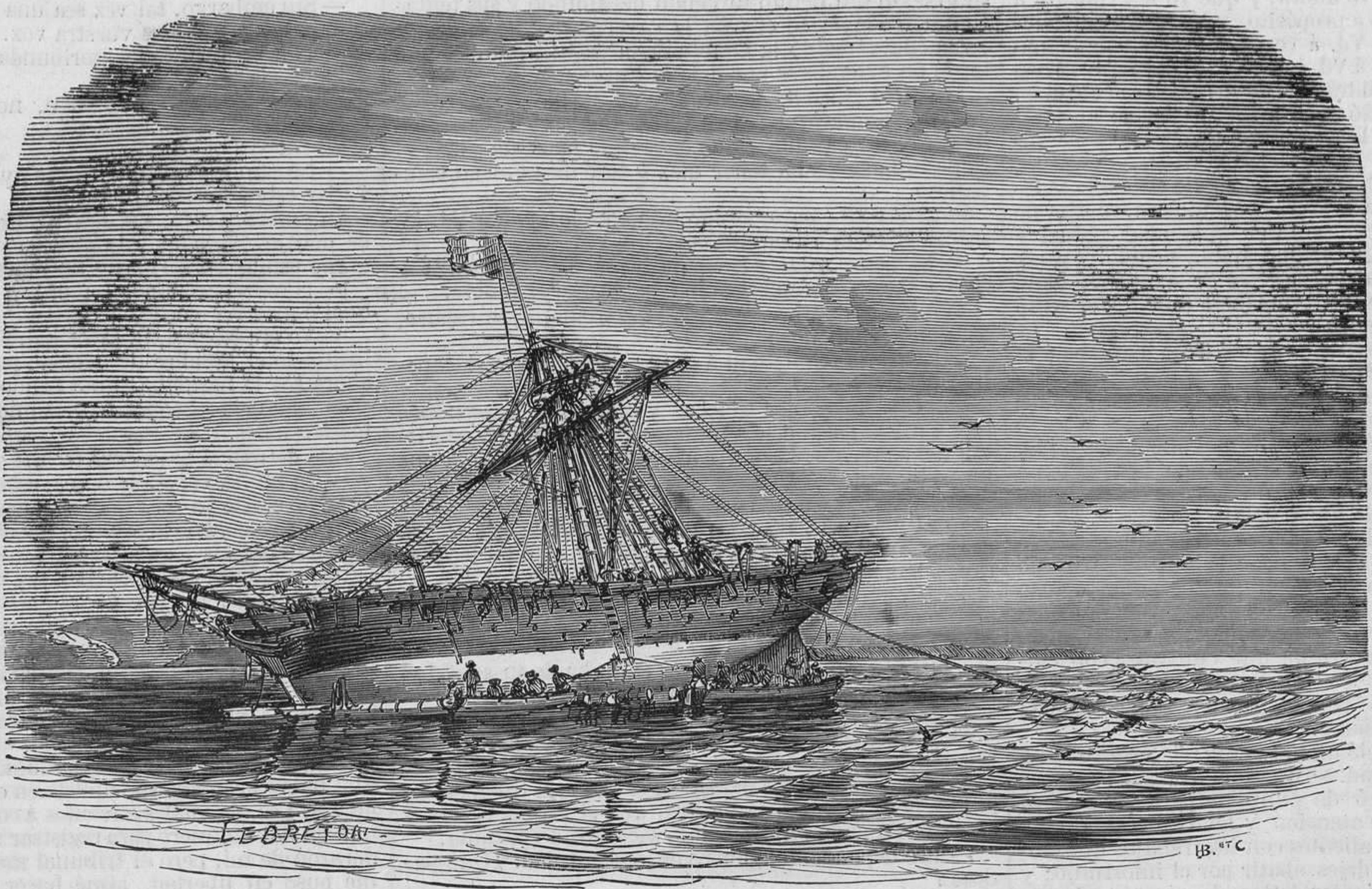
Acabamos de recibir ántes que nadie los tristes pormenores que siguen, y las vistas copiadas del natural que las acompañan, acerca de dos grandes convulsiones terrestres y marítimas que ha habido en el Océano Pacífico, con pocos días de diferencia y á una distancia considerable.

Primeramente publicamos el texto y los dibujos sobre el terrible huracán que hubo el 23 de diciembre último no lejos de Santa María de Madagascar, que hubo de costar á la Francia la pérdida de un buque del Estado, y lo que es peor aun, la de la valiente tripulación que llevaba á bordo, doble catástrofe que se evitó, gracias á la energía y serenidad de aquella gente y de su capitán, y gracias también á la habilidad del capitán del *Caimán*, vapor que llegó providencialmente al sitio del peligro.

Pero dejemos la palabra á los testigos oculares. La *Indiana* había salido de Santa María el 22 de diciembre último en dirección á Mayota con tiempo regular, cuando al doblar la punta de la isla se encontró con una mar crecida y alborotada. Desde aquel instante, las olas fueron creciendo sucesivamente, hasta que se pusieron tan furiosas, que á las doce de la noche la *Indiana* tuvo que ponerse á la capa.

A las dos de la mañana, una ráfaga de viento se llevó el foque, cuando el buque se hallaba á unas diez leguas en el E. N. E., de la punta norte de Santa María. El viento siguió creciendo tanto hasta las cinco, que se llevó también las gavias, de modo que el buque se quedó á merced de la tormenta, y principió á hacer agua.

Naufragios.



La *Indiana* arrojada á la costa de Amboombatou.

Los botes de salvamento y los masteleros de gavias desaparecieron también, y por fortuna esta disminución de peso hizo que el buque se levantara un poco.

El capitán reunió á todos los oficiales para consultarles sobre las medidas que se debían tomar en tan apurada situación, y todos se pronunciaron por no intentar maniobras atrevidas, que quizás habrían acelerado la pérdida del buque.

No es posible pintar el aspecto que presentaba el mar en aquella terrible noche. Lejos de calmarse, las olas se embravecieron más al despertar el día. A cada momento se temía que el buque se iba á sepultar en las aguas, y las maniobras eran cada vez más peligrosas y difíciles.

El capitán Protet, rodeado de sus oficiales, continuaba dando órdenes con una sangre fría digna de todo elogio. Su voz firme y sonora, su rostro, su actitud, no manifestaban la más ligera emoción. Muchos oficiales

aseguran que en aquel momento supremo olvidaron el peligro al ver la admirable intrepidez de su capitán.

De repente uno de los oficiales, M. de Argouges, grita que distingue tierra; pero el capitán, después de haber mirado atentamente al sitio que le indicaba aquel, le dice en voz baja:

— Estamos perdidos; nos vamos á hacer añicos en los arrecifes. Tratemos de evitar el peligro por algunos minutos.

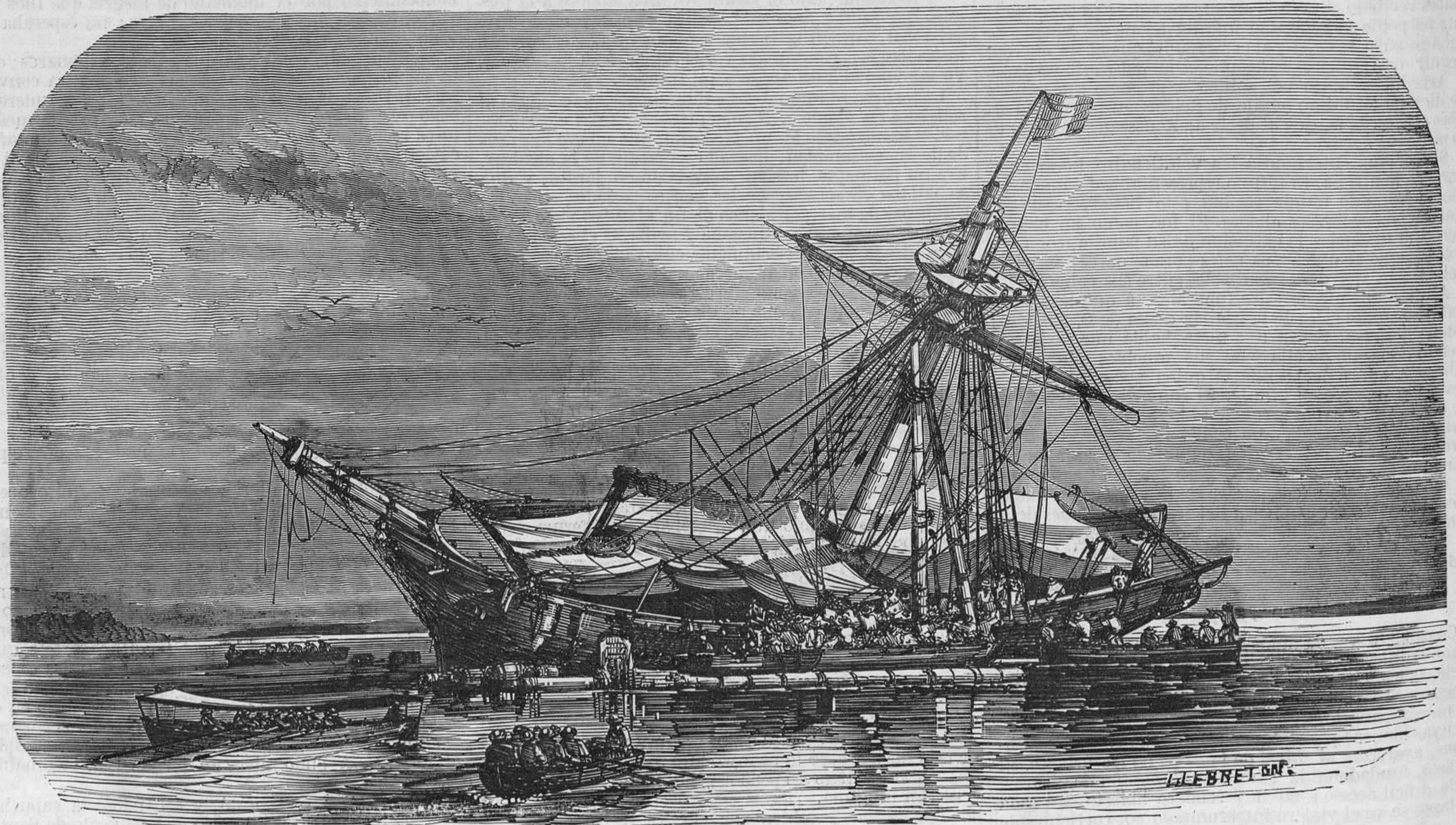
Al momento ordena cambiar de rumbo, operación que se ejecutó con suma lentitud; hubo que arrojar al mar una parte de la artillería. Por fin, el buque acababa de dar una penosa vuelta, cuando tres oleadas que vinieron por detrás, le hicieron pasar por encima de un arrecife, y cayó en una mar más

sosegada. Se siguió maniobrando, hasta que de repente el buque zozobró en las peñas. Al punto el capitán mandó cortar los palos de mesana para aligerar la embarcación, que empujada por las olas fué á dar á otro arrecife. El temporal no se calmaba.

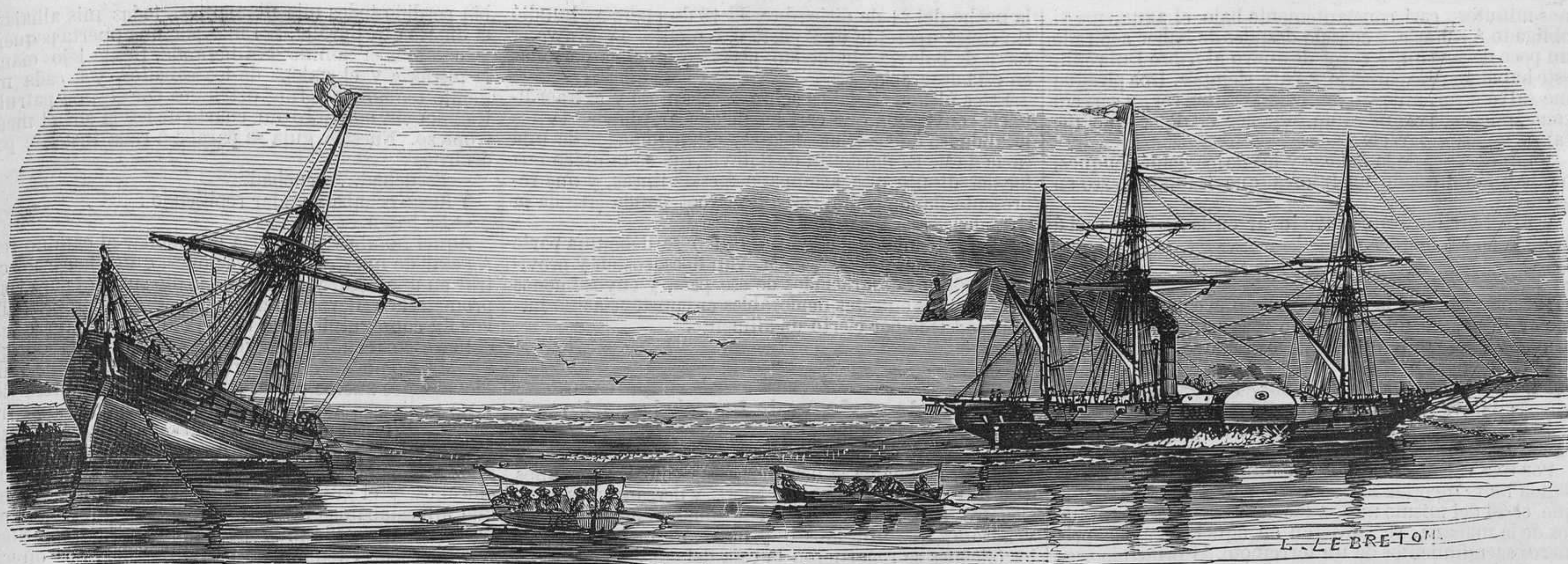
Al día siguiente había calma. El 25 por la mañana se echó al agua una chalupa mandada por M. de Argouges, para ir á pedir auxilio á Santa María, donde debían hallarse el *Victor* y el *Caimán*, y al cabo de treinta horas de mar, la chalupa pudo dar con esos buques, que se disponían ya á salir.

Llegados al sitio del naufragio, el *Victor* y el *Caimán* trataron de sacar á la *Indiana*, y en efecto, M. Cormier, capitán del vapor, logró llevar á buen fin esta empresa difícil.

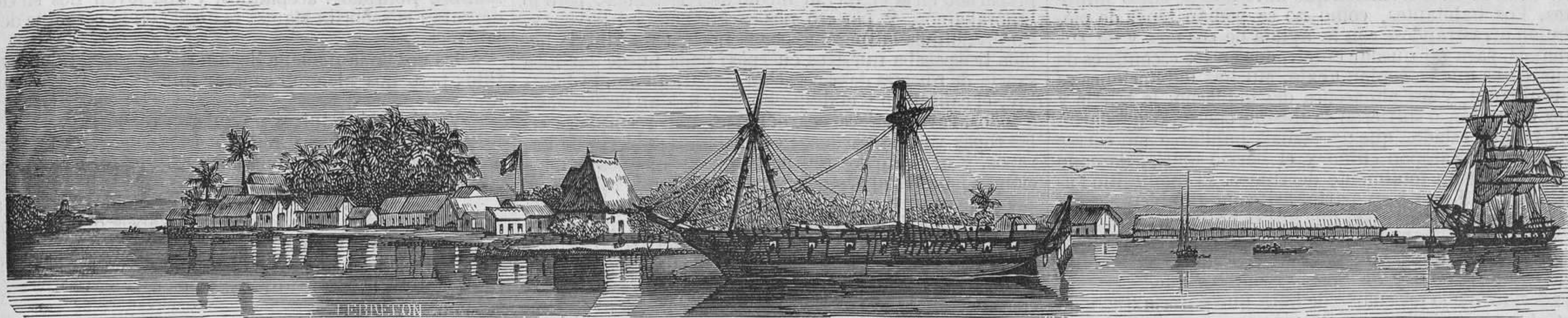
La *Indiana* entró, pues, en Santa María, habiendo salvado casi todo su material. Todos los oficiales y mari-



Desarme de la *Indiana* en Amboombatou.



La Indiana sacada de la costa por el Caiman.



El islote Madama, en Santa Maria de Madagascar.

neros que estaban á bordo se comportaron como era debido; pero debemos hacer particular mención de M. de Argouges, que estaba por todas partes haciendo ejecutar las órdenes del capitán.

La parte principal de los elogios le toca al capitán Protet, que en medio del peligro conservó una sangre fría que alentó sobremanera á toda la tripulación. A sus acertadas órdenes se debe el que no se haya perdido un solo hombre, y que el Estado posea aun el buque que mandaba aquél.

Es casi milagroso que no haya perecido la Indiana en aquel espantoso huracán.

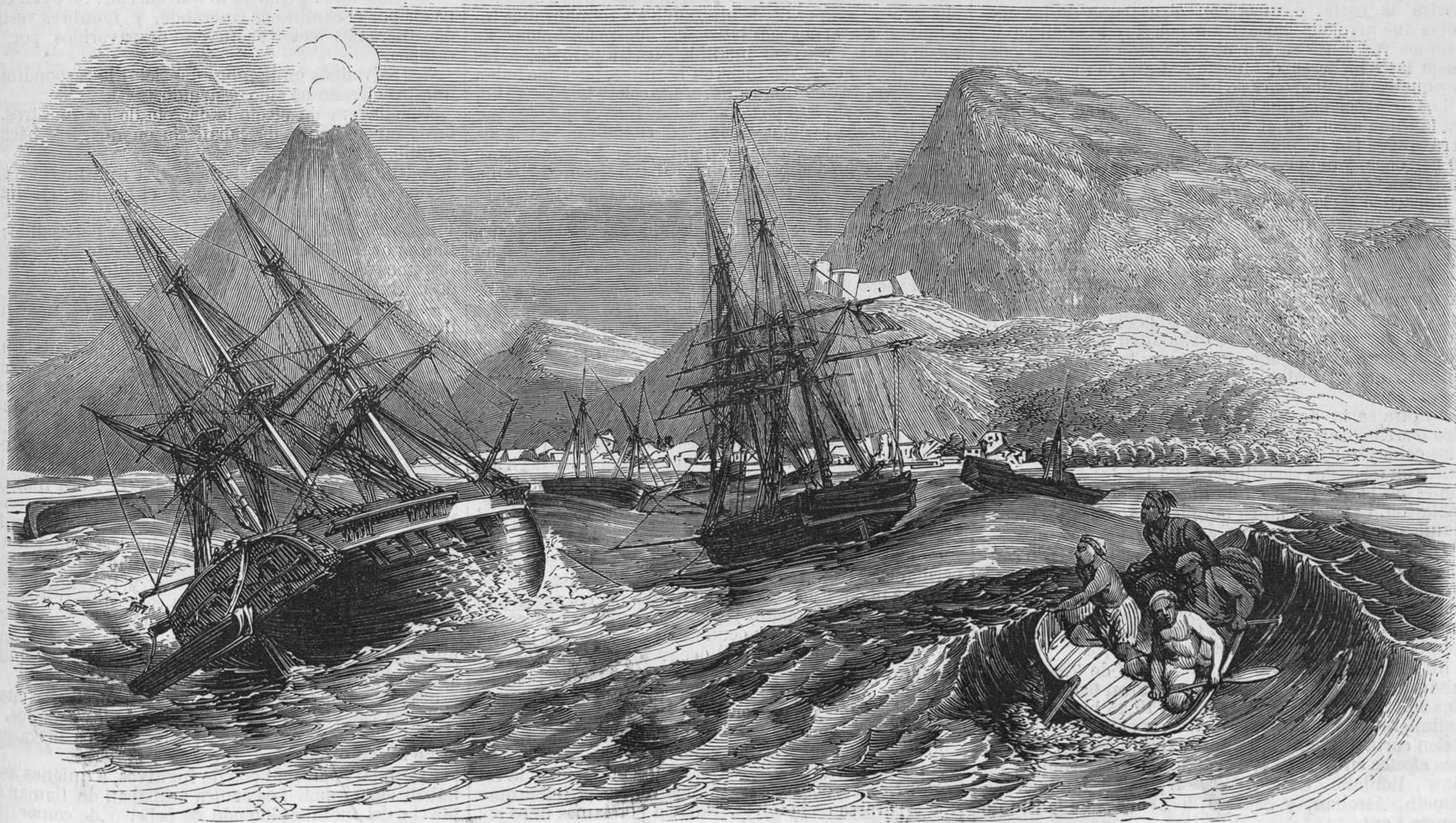
Este hecho marítimo aconteció en Amboumbatou sobre

la costa E. de Madagascar, cerca de la bahía de Outongil. En Santa María se sintieron también algunos efectos del terrible huracán del 23 de diciembre. Ha habido árboles y casas que se han venido abajo; pero sobre todo en la costa de Madagascar, á la vista del sitio en que zozobró la Indiana, nada ha quedado en pié. Ninguna tormenta de nuestros mares de Europa puede dar una idea de las ráfagas de viento que cruzan á veces por el Océano indio: por fortuna, esos formidables fenómenos no son frecuentes.

Uno de los miembros del estado-mayor de la Indiana M. Dubreuil, empleado en la administración, se libró de la muerte en aquel trance fatal, para morir pocos

días después en las aguas de Santa María. Sobre esta desgracia copiamos lo que sigue de una carta fechada en Santa María á 28 de enero, y escrita por M. E. Normand:

« El 17 de este mes, dice la carta, me dí á la vela en mi canoa, con ese pobre mozo, de las aguas del islote Madama, en la aldea de Amboutofots. Hacia un viento bastante fuerte, y la mar estaba alborotada. Al acercarme á la barra que hay entre las rocas de Santa María, la canoa se llenó de agua y zozobró. Mi desgraciado compañero no sabía nadar, y mis esfuerzos y los de mi criado fueron impotentes para librarle de las oleadas que habia en aquel sitio. Al cabo de una lucha de algu-



Efecto de un terremoto en las islas Molucas.

solarme, refiriéndome muchas particularidades de nuestro ejército: por último me preguntó quién era yo, y le dije que mi madre era viuda de un mercader de Chatillon. Solo á Ferret habíamos confiado nuestro secreto. Por la noche paró Renaud su molino y me llevó á la granja de Langrée, donde me acosté vestida, con mi madre.

Al día siguiente tuvimos que dispersarnos de nuevo. Mi patrona me presentó por la mañana al alcalde, y á la vuelta encontré dos soldados que iban á todo escape, pero que se detuvieron para hacernos gritar: ¡Viva la república! Al principio temblé; pero no tardé en conocer que eran dos oficiales vendeanos que procuraban salvarse de aquel modo. Despues de comer me llevaron á casa del procurador, y su mujer dijo que me enviaria á cuidar del rebaño con su hija. Me figuré que iban á confiarme á una niña; pero pronto se me presentó una robusta jóven de veinte años, con su garrote, segun costumbre de la Bretaña, donde nunca salen de sus casas los hombres ni las mujeres sin aquella arma.

— Vamos, Mariana, ahí tienes la insurgente, le dijo la madre.

— Nada temas, contestó ella, pues la guardaré bien y moriré ántes que abandonarla. Si se presenta uno solo, daré de él buena cuenta con mi palo.

Fuíme con la buena Mariana; esta jóven nos ha sido desde entónces muy adicta.

Por la noche volví á Langrée, y despues de algunos dias nos establecimos en casa del padre de Mariana. M. Jagault continuaba trabajando con los aldeanos; le llamaban Pedro, á mi madre María, y á mi Juana. Vivíamos en una pequeña aldea, cuyos habitantes eran realistas y muy hospitalarios: las aldeas vecinas participaban de las mismas opiniones políticas; pero á la izquierda del camino real de Guerande los paisanos eran republicanos, y mataron á todos los fugitivos de nuestro ejército que entre ellos buscaron asilo.

Yo estaba abatida por lo mucho que había padecido, y mi madre me cuidaba con la más exquisita ternura. Su prudencia apartaba de mí los peligros que yo era incapaz de evitar, y su presencia de ánimo me salvó veinte veces la vida. Con objeto de atender mas á mi seguridad, y notando que se acercaba la época de mi parto, se valió de una estratagemata. Dos aldeanas de la Vendée se habían casado con dos bretones, y desde entónces nadie se metía con ellas: mi madre escogió á otro, llamado Pedro Riallo, viudo con cinco hijos; pero se necesitaba una fe de bautismo que debía proporcionarme la hermana de Ferret, establecida con su hija al otro lado del Loira. Todo iba á arreglarse satisfactoriamente, y el escribano de la municipalidad estaba en el secreto; los azules debían asistir á la comida de mis bodas; pero se suspendió la ejecución de este proyecto, porque recibimos la noticia de que nos habían denunciado, y de que se nos buscaba con ahinco.

Mudamos de domicilio, y nos separamos.

Al cabo de algunos dias volví á casa de Gouret. Empezaba á sentir vivos dolores; pero no creía haber cumplido el término de mi embarazo, y no quería que se llamase á la comadre, porque era muy charlatana. Nadie había á mi lado que pudiese auxiliarme; por último, se avivaron tanto mis dolores, que no podía darme de mi próximo parto. Mi madre salió á buscar quien me socorriese, y cayó accidentada en el campo. Las dos hijas solteras de Gouret estaban conmigo llorando y sin saber lo que hacer. Yo sufría con ánimo y resignación, pues la vida me era ya insostenible, y deseaba morir. Al fin di á luz una niña, y pocos momentos despues otra, sin el menor auxilio. Una mujer casada que llegó casi al mismo tiempo, enviada sin duda por la Providencia, recogió á las criaturas, y me cuidó. La comadre se presentó cuando ya no la necesitábamos.

Yo no había hecho el menor preparativo, pues me parecía que no debía parir tan pronto, de modo que hubo que arropar con harapos á mis niñas: quise criarlas; pero mi madre se opuso, y una prima de Mariana fué su nodriza. Tres dias despues las bautizó en mi aposento un sacerdote, y recibieron los nombres de Josefina y Luisa. Hubo cuatro testigos de la ceremonia; se escribieron las dos fés de bautismo en unos platos de estaño con un clavo, y se enterraron dichos platos. Di gracias infinitas á Dios porque había permitido que quedase en la tierra una prueba de la familia á que pertenecían mis desventuradas hijas. Pasamos un mes con tranquilidad. La cabaña que habitábamos estaba al parecer abandonada, y nunca se presentaban en ella los azules.

Despues de muchos dias se notó que Josefina tenía una muñeca dislocada: esto me causó el mayor sentimiento y resolví llevarla, cuando fuese algo mas crecida, á Bareges, aunque tuviese que mendigar. Este proyecto no me parecía irrealizable, pues ni abrigaba la menor esperanza ni idea del porvenir: nada sabia tampoco de lo que ocurría en Francia; me veía proscrita y miserable, y tenía el alma demasiado abatida para creer que mi situación pudiera cambiarse. Pero Josefina murió muy pronto, y me dieron esta noticia sin prepararme á ella, lo cual me costó una enfermedad. La hija menor de Gouret entró en mi cuarto, y me dijo:

— Vuestra hija del bosque Divet ha muerto.

Me sobrecogió y contesté temblando:

— Es mas dichosa que yo.

Madama de Larochejacquelin dejó al fin á los buenos aldeanos que la habían dado la hospitalidad, para retirarse con su madre al Dereneuf. Allí esperó la amnistía que llegó á concederse á los vendeanos.

Cuando Federico rey de Prusia mandó edificar el castillo de Sans-Souci, se encontraba un molino que impedía la ejecución de su plan, y mandó preguntar al molinero cuanto quería por él.

El molinero contestó que hacia muchos años que su familia poseía aquel molino, que había pasado de padres á hijos, y que no quería venderle. El rey hizo que le rogaran todo lo posible, y le ofreció que además de pagarle lo que quisiera por el molino, le mandaria hacer otro en otro sitio mejor; pero el paisano insistió en conservar la hacienda de sus padres. Irritado el rey, mandó que se presentara, y muy encolerizado le dijo:

— ¿Porqué no quieres venderme el molino á pesar de las ventajas que te ofrezco?

El molinero repitió todo lo que hemos dicho.

— ¿Sabes, continuó el rey, que puedo apoderarme de él sin darte un cuarto?

— Seria fácil si no existiera la cámara de justicia en Berlin.

El rey quedó extremadamente complacido con esta respuesta, pues vió que no le creían capaz de cometer una injusticia.

Dejó tranquilo al molinero, y cambió el plan de sus jardines.

Un soldado prusiano que se embriagaba con frecuencia, fué acusado y convicto de haber blasfemado, proferido injurias contra el rey, y haber hablado mal de los magistrados, de la ciudad donde estaba de guarnición. Los magistrados que querían vengarse de él, pronunciaron una sentencia severa, condenándole como reo de lesa majestad divina y humana, y enviaron á la aprobación del gran Federico. El rey escribió lo siguiente.

« Si este bribon ha blasfemado, Dios le perdonará; por las injurias dichas contra mí, yo le perdono; pero por haber hablado mal de los magistrados, le condeno á veinticuatro horas de arresto. »

Boletín científico.

ASTRONOMIA: Historia de la planeta Marte. — INDUSTRIA: El aire considerado como fuerza motriz. — NECROLOGIA: Orfila.

La experiencia ha acreditado que M. Arago no solo es el primero de los sabios del siglo, sino el más infatigable de los sabios, pues apenas pasa una sesión en el Instituto sin que este hombre eminente tenga alguna revelación que hacer, alguna investigación que anunciar ó alguna memoria que someter á los amantes de la ciencia. Ultimamente ha ofrecido hacer importantes disertaciones acerca de los planetas, y para probar que sus promesas no serán ilusorias, ha dado principio á su tarea exponiendo, en una de las últimas sesiones del Instituto, la historia del planeta Marte cuya constitución física se parece mucho á la de la tierra. Epondremos algunos detalles recogidos en esa brillante improvisación del sabio á quien con fundado motivo dió M. de Cormenin un puesto distinguido entre los grandes oradores.

Los antiguos no tuvieron de Marte una idea muy clara, pues no acertaron á calcular su volumen ni su distancia á nuestro globo, considerándole como un foco de luz roja, moviéndose en un espacio indivisible. El descubrimiento de los primitivos telescopios, si se puede dar este nombre á los anteojos de que hace mas de dos siglos se valian los astrónomos, permitió en 1609 reconocer en Marte fases ménos completas y variables que las de Venus, pero suficientes para alterar constantemente su forma en los dias que no seguían ó precedían inmediatamente á su oposición. Pero ¿qué forma era esta? Galileo decía en 1620 á Castelli que nada sabia, y Fontana negando de un modo terminante la esfericidad del planeta le daba una forma jibosa, señalando al mismo tiempo algunas manchas en la superficie. La existencia de estas manchas era un hecho indudable, aunque de poca importancia en vista de las observaciones de Fontana que dijo, que dichas manchas eran visibles durante muy poco tiempo. Sin embargo en 1666 Dominico Cassini midió el tiempo transcurrido entre dos vueltas consecutivas de una misma mancha al mismo punto del disco visible y valuó en 24 horas y 40 minutos el tiempo empleado por el astro en su movimiento de rotación. Vemos, por consiguiente, que la duración del día en Marte es con corta diferencia igual á la de la tierra; y así lo observó Herschel á pesar de que sus experiencias no bastaron á sacarle de la incertidumbre de algunos segundos que existe aun acerca del movimiento de rotación de Marte.

Tampoco ha podido fijarse la opinion de un modo positivo sobre la dirección verdadera del eje de rotación ni respecto del ángulo que mide la oblicuidad del eje de dicho astro en el plano de su órbita. Solo se hace constar que la inclinación del eje es de 28° lo que manifiesta que las estaciones en Marte tienen mucha analogía con las de la tierra, diferenciándose únicamente en que son mas largas por la razón sencilla de que el año del mencionado planeta es casi doble que el nuestro.

Despues de haber hecho estas observaciones, trataron los sabios de averiguar si Marte presentaba en los polos el mismo achatamiento que otros planetas, consecuencia comun del movimiento de rotación. Cassini y Maraldi no lo advirtieron, pero Herschel anunció un aplastamiento considerable, que valuó en 1/16 y que por consiguiente hacia ovalada la forma del planeta. Schrätter lo redujo á 1/18, en tanto que Maskeline y Bessel lo encontraron enteramente nulo.

La cuestión, como vemos, estaba muy controvertida cuando M. Arago quiso en 1811 asegurarse por sí mismo de la verdad. Eligió para este fin la época en que el astro iba á entrar en su oposición, y empleando los anteojos de Rochon que tienen por su disposición particular la propiedad de duplicar la imagen de los objetos, haciendo que estos se muevan ó no á voluntad del observador, trató de ver si este movimiento de las dos imágenes de Marte las mantenía en contacto en todas las posiciones que pudieran tomar la una al rededor de la otra. Se comprende bien, en efecto, que si las imágenes son exactamente circulares, el contacto será permanente, mientras que si son ovaladas, habrá momentos en que se separen ó confundan demasiado, lo que serviría para medir la elipticidad del disco observado. M. Arago en su primera tentativa encontró un aplastamiento igual á 1/30, y repitiendo la operación en 1813, halló que era de 1/31; pero en 1815, 1817 y 1837 no fué posible determinarlo. Mas tarde, en 1843 y 1847 volvió á observarse el aplastamiento dando 1/30 el cual segun M. Arago debe aceptarse.

Bajo el punto de vista de la astronomía física, Marte presenta en su superficie, y principalmente en los polos, manchas blancas mas brillantes que el resto. Herschel reconoció que estas manchas variaban siguiendo el órden de las estaciones, como si fuesen producidas por aglomeración de nieves; pues observó realmente que cuando un hemisferio atravesaba la temporada del estío, la blancura de este hemisferio disminuía considerablemente, y que por el contrario se aumentaba en invierno. M. Arago ha comparado fotométricamente el brillo de estas manchas con el de los puntos situados en las latitudes templadas, concluyendo por inclinarse á la opinion de que son producidas por masas inmensas de agua solidificada á causa del frío, y anunciando que reflejan dos veces mas la luz que el resto de la superficie.

Dirémos algo de las manchas verdes que se advierten en algunos puntos del planeta de que vamos hablando, y que han sido consideradas como vastos mares segun unos, ó como terrenos favorecidos por la vegetación segun otros. M. Arago cree que estas manchas verdes son producidas por el contraste del color blanco con la luz roja que ofrece el planeta en su conjunto.

Este color rojo es incontestable, pero ¿á qué debemos atribuirlo? Unos pretenden que debe ser producido por la abundancia del ocre en muchos terrenos; otros, como Lambert, presumen que la vegetación del planeta será encarnada, y otros en fin han invocado el poder absorbente de la atmósfera propia del astro. Bajo este último concepto, es decir, relativamente á la causa del color rojo de Marte, la ciencia está aun reducida á hipótesis que los trabajos de M. Arago contribuirán sin duda á desvanecer, como han desvanecido ya otras emitidas sobre diversos puntos concernientes á la historia de Marte.

— Los periódicos norte-americanos han anunciado al mundo científico la gloria que acaba de adquirir un ingeniero sueco, sustituyendo el aire caliente el vapor como fuerza motriz. Esta sustitución entrevista hace mucho tiempo no ha podido ser realizada por M. Erikson sino haciendo pasar una doble corriente de aire, para obtener el cambio de temperatura, por un canal lleno de telas metálicas y de fragmentos de metal sumamente divididos. Esta idea que hace un principal papel en la máquina del ingeniero sueco, está apoyada por M. Franchot. En efecto, el estudio del aire, considerado como fuerza motriz, ha ocupado durante diez y ocho años á M. Franchot, y su primer título auténtico resulta de la descripción de una máquina que insertó en 1836 en el *Diario de la Academia de la Industria*. En esta época M. Franchot epuso la idea del cambio de temperatura entre una corriente de aire caliente y otra de aire frío, cruzando dentro de un mismo cilindro y separándose por medio de hojas metálicas. Dos años mas tarde modificó esta disposición, haciendo pasar alternativamente cada corriente de aire por el cilindro motor. Con este motivo construyó una nueva máquina que funcionó y que fué examinada por muchos miembros eminentes de la Academia de ciencias. Redactó una memoria nutrida de excelentes datos y de resultados importantes, y la presentó al Instituto en la sesión del 10 de agosto de 1840; pero desgraciadamente la comisión nombrada para su exámen no ha dado todavía su informe.

Por fortuna para la ciencia el problema está resuelto; pero ¿no es sensible que el abandono de los individuos del Instituto francés haya privado á M. Franchot una gloria tan legítimamente adquirida por Erikson?

— La berja de la Facultad de medicina cerrada; el gran patio desierto, las cátedras en el silencio, todo manifestaba el sábado 12 de Marzo que era un día de luto para la Facultad. ¿Cuál era la causa? En un aviso manuscrito y pegado á una de las columnas del edificio se leían estas palabras:

« Se advierte á los señores estudiantes, que se han suspendido los actos y cursos de la Facultad con motivo del fallecimiento del profesor, señor Orfila. »

La noticia se difundió súbitamente en todo Paris, y con ella un duelo general. ¿Porqué una sensación tan unánime en esta pérdida particular á la Facultad? Porque Orfila era de todos los profesores existentes aquel de quien mas se había oído hablar; porque era el más conocido en el mundo; porque era el catedrático que tenía mas simpatías entre los discípulos, y porque en fin ha legado á la ciencia importantes trabajos.

Don Mateo José Buenaventura Orfila, digámoslo con orgullo, era español; nació en Mahon el 24 de abril de 1787, siendo hijo de comerciantes medianamente acomodados. Desde sus primeros años hizo ver que había

nacido para las ciencias; pero su señor padre violentando su vocacion, como sucede con frecuencia, le destinó á la marina, embarcándole en 1802, á la edad de 15 años y en calidad de segundo piloto, en un buque que hacia el cabotaje en las costas de Africa, Sicilia, Nápoles y Cerdeña.

A su vuelta tenia Orfila 18 años; anunció su aficion á los estudios científicos, tuvo la felicidad de ser atendido, y empezó á estudiar la medicina en Valencia donde obtuvo los primeros premios de física y química. Estos primeros triunfos decidieron á la junta de Barcelona á enviar á Orfila á Paris, dándole el mezquino sueldo de seis mil reales anuales para que adquiriese conocimientos que pudiesen mas tarde ser útiles á su patria.

Llegó á Paris el 8 de julio de 1807, y un año despues con motivo de la guerra entre la España y la Francia le suprimieron la pensión; ¿ se puede vivir y estudiar en un país extranjero sin proteccion alguna? Felizmente Orfila tenia un tio en Marsella que le dió 120 francos mensuales hasta que llegó á doctorarse, honor que mereció el 27 de diciembre de 1811, faltándole desde aquel instante los socorros de su tio. Entónces su padre quiso que se volviese á Mahon; pero el jóven Orfila presintiendo su fortuna y confiando en su talento, se decidió á permanecer en Paris y abrió un curso particular de química donde su buena estrella le hizo conocer como discípulos á Beclard, Julio Cloquet y Edwards cuya amistad ha cultivado siempre.

La naturaleza habia dotado á Orfila de una voz privilegiada, y por eso sin duda tuvo hácia la música esa predileccion que dan otros al baile ó á los juegos. Llegó á ser un verdadero artista solicitado en los salones, en los cuales tuvo ocasion de conocer á mademoiselle Lesueur que era una excelente cantatriz, y se casó con ella.

Reconocido Orfila á la junta de Barcelona que le habia facilitado los primeros recursos para estudiar en Paris, hizo la proposicion de ir á la capital del principado á enseñar la química, y no se le concedió lo que solicitaba, no porque la junta no tuviera los mejores deseos, sino porque la guerra la habia privado de los recursos necesarios. Orfila no obstante sometió al rey Fernando un proyecto con el cual hubiera dotado á su patria de buenos profesores de química, y tampoco se aceptaron sus servicios. Este segundo desaire fué el último que recibió Orfila: creyó que en España no se aceptaban sus ideas, y aunque poco despues se le ofreció en Madrid un puesto ventajoso, decidió permanecer en la capital de Francia donde á poco tiempo, en 1816, fué nombrado médico honorario de Luis XVIII, y tomó carta de naturaleza dos años despues.

En esta época era libre de optar entre el ramo lucrativo de la medicina práctica ó la cirujía. Dotado de talento, y golpe de vista que caracterizó siempre su inteligencia, comprendió que en esta senda iba á tropezar con el obstáculo de poderosas rivalidades y tomó decididamente su partido consagrándose á la química

aplicada especialmente á la solucion de los problemas mas interesantes para la medicina, y no le engañaba su vocacion, pues pronto hizo comprender sus raras dotes en esta parte de las ciencias, mereciendo el honor de ser nombrado profesor de medicina legal en Paris, y miembro de la Academia de medicina.

En 1823 con motivo del espurgo general verificado en favor de la rama primogénita de los Borbones, se vió precisado á cambiar la cátedra de medicina legal por

Digámos algo de los trabajos que han contribuido á labrar la gloriosa reputacion de este hombre: en 1811 una Memoria sobre la existencia del picromel en los cálculos biliares del hombre.

En 1812 publicó un Tratado sobre los venenos, obra en tres tomos, de la cual se han hecho cinco ediciones.

En 1816: Elementos de química medical, en tres tomos; se han publicado ocho ediciones.

En 1820 dió su primera obra de Medicina legal en cuatro volúmenes: lleva cuatro ediciones.

En 1830 publicó sus Exhumaciones jurídicas, obra en dos tomos en que tuvo por colaborador á su cuñado M. Lesueur.

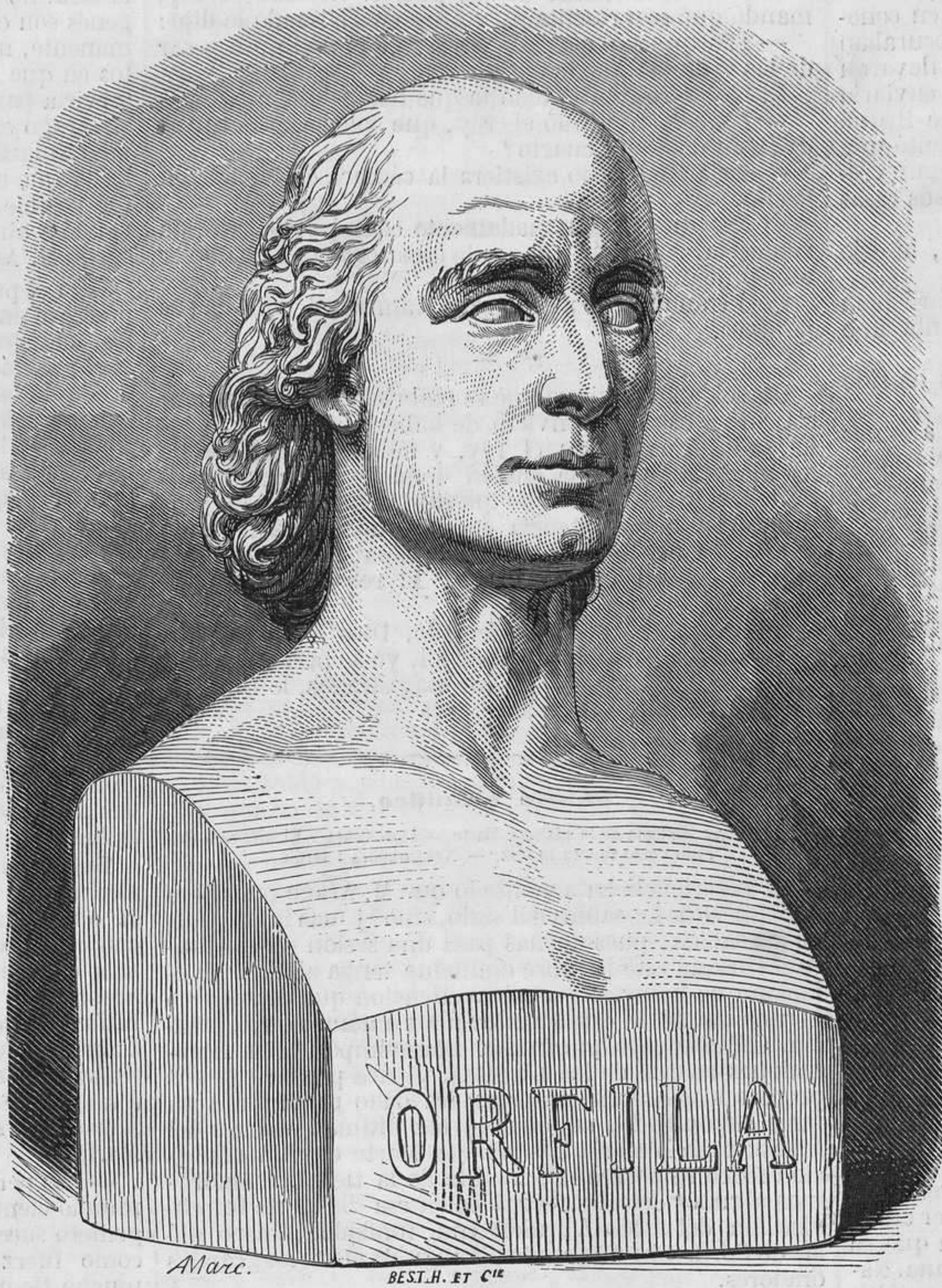
Además ha dado una porcion de memorias sobre el opio, la morfina, el ácido hidrocianico, el sublimado corrosivo, las manchas de sangre, las asfixias por submersion y por suspension, el infanticidio, el envenenamiento por mezclas de sustancias, etc.

En 1830, en fin, llegó Orfila al decanato de la facultad, y en los años siguientes fué miembro del consejo general de hospicios y hospitales, despues del consejo general del departamento, del de instruccion pública; primer médico de cámara de Luis Felipe, oficial, comendador y gran cruz de la legion de honor, interin se le preparaba el asiento de par en el palacio del Luxemburgo.

En merecimiento de tantos honores, de tan elevada nombradía, el decano de la facultad, el célebre catedrático, el escritor eminente, desplegó una fuerza de voluntad y una inmensidad tal de recursos, que cambió, puede decirse, la faz del instituto médico, creando en él el nuevo jardin botánico, el hospital clínico, el célebre museo Dupuytren y la sociedad de socorros médicos; estableció nuevas é interesantes cátedras, reformó y mejoró considerablemente el sistema de enseñanza, formó los mas aventajados alumnos y profesores, y con su ciencia, su fuerza de voluntad, la fuerza de su ejemplo y de su palabra, elevó esta escuela de medicina, la primera del mundo, al apogeo de su gloria.

Ultimamente, no contento con estos servicios científicos activos y personales, ha prestado á la ciencia otros infinitos pecuniarios; el riquísimo museo de Amiens es regalo de Orfila; las academias, los institutos y museos de Paris ostentan tambien sus donativos, y hace poco mas de un mes que resonaban en la academia de ciencias unánimes aclamaciones al oír la cláusula del testamento del sabio profesor, que dejaba ciento veinte mil

francos para premiar las obras mas aventajadas. ¡Donacion espléndida y verdaderamente reja que motivó el acuerdo unánime de la sabia corporacion de colocar el busto de Orfila al lado de los de los hombres eminentes de la ciencia que, muertos ya, han recibido nueva vida del buril del artista! ¡Quién habia de decir que el golpe fatal de la parca estaba tan próximo, y que el grande Orfila no habia tampoco de tener el placer de recibir en vida este testimonio singular de la admiracion y del respeto de sus contemporáneos!



la de química en la cual ha permanecido, habiendo dado todavía el 4 de marzo de 1853 una admirable leccion sobre la potasa y la sosa. El inmenso anfiteatro estaba este dia atestado de estudiantes y profesores, bien agenos de pensar que oian por última vez aquella voz penetrante, incisiva, irresistible, precioso medio de trasmision de una elocucion brillante y de una exposicion metódica, porque la muerte ha herido á Orfila en toda la fuerza y madurez de su talento, en todo el vigor de su elocuencia.....

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP. GIRDÈS, CALLE BONAPARTE, 42.

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCION :

Este periódico sale á luz CINCUENTA Y DOS VECES AL AÑO, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Lóndres. Cada número se compone de 16 páginas de impresion sobre papel de lujo con magníficas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto. Cada mes los suscriptores recibirán dos figurines de última moda: uno de mujer, y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRIPCION AL AÑO.

Para la Habana.	12	pesos fuertes	Para Centro América, Panamá y todas las agencias de la costa del Pacífico.	15	pesos fuertes
Para el interior de la Isla de Cuba.	15	» »	Para Valparaiso, Santiago de Chile, San Fco de California y el Paraguay.	16	» »
Para Puerto Rico.	13	30 macuquinos	PRECIO DE SUSCRIPCION PARA LA REPUBLICA MEJICANA		
Para el interior de la Isla de Puerto Rico.	18	» »	PARTE POLITICA, LITERARIA E ILUSTRADA REUNIDAS.		
Para las Antillas francesas, inglesas y Costa Firme.	12	pesos fuertes	Para Veracruz y Tampico.	20	
Para la Plata, República Argentina y el Brasil (por los vapores del 9 de cada mes).	14	» »	Para Méjico, Puebla, Jalapa, Córdoba, Orizaba.	22	
Para la provincia de Cúmana.	12	75 » »	Para el interior de la República Mejicana.	29	

NOTA. — No se admiten suscripciones á este periódico sino por semestres, principiando en Enero y Julio de cada año. La suscripcion se paga por semestres, y siempre adelantados, sin excepcion alguna. Lo suscriptores en cuyos puntos no residan agentes ni estacionen los vapores, pagarán además los gastos de transporte y de correo á los referidos agentes en su domicilio.

SE RECIBEN LAS SUSCRIPCIONES EN LAS AGENCIAS SIGUIENTES:

Lóndres.	MM. SIMMONDS.	Cobija.	MM. ARTOLA y Ca.	Puerto Rico.	MM. J. M. SANCHEZ ENRIQUEZ.
Nueva York.	— Eug. DIDIER.	Demerara.	— Richard HAYNES.	Quito.	— Alfonso PRIEUR.
La Habana.	— ROUSSEAU LANGWELT.	Guatemala.	— P. J. LOSS.	Río Hacha.	— J. Manuel GOENAGA.
Arica.	— BILLINGURST y TAYLOR.	Guayaquil.	— Alfonso PRIEUR.	San Francisco (California).	— MASSEY, FINANCE y Ca.
Arequipa.	— J. Maria REY DE CASTRO.	Laguayra.	— A. M. MOLLEJAS, casa de los Sres. LAGRANGE y ENGELKE.	Santo Domingo.	— Dr MORINGLANE.
Asuncion (Paraguay).	— VASQUEZ CORDOVA.	Lima.	— José MACIAS.	Santa Maria.	— Manuel ABELLO.
Buenaventura.	— SIMONNOT.	Maracaibo.	— P. CASAU.	San Juan de Nicaragua.	— Jean MESNIER.
Bogota.	— CLARMONT.	Matanzas.	— F. DEVILLE.	Santiago de Cuba.	— Felipe LAY.
Buenos Ayres.	— LUCIEN y Ca.	Maturin (Cumana).	— P. BAUPERTHUY.	Trujillo del Perú.	— Andres ARCHIMBAUD.
Id.	— J. C. CORBIN.	Monpos.	— J. M. PEREIRA.	Santiago de Chile.	— Pascual EZQUERRA y GIL.
Caracas.	— Emile PHILIP.	Méjico.	— BOIX, BESSERER y Ca.	San Tomas.	— BENEDETTI.
Id.	— H. P. DE LA VEGA.	Montevideo.	— A. LAS CAZES.	Tacna.	— Carlos BASADRE.
Cartajena.	— J. Maria CANADAS.	Panama.	— SMITH y C.	Tampico.	— A. DELILLE.
Cali.	— THIRION.	Popayan.	— Rafael ARUITA.	Valencia.	— Achille LETTERON.
Ciudad Bolívar.	— A. PESQUERA.	Porto Cabello.	— Rafael ROJAS.	Valparaiso.	— Pascual EZQUERRA y GIL.
Cauima.				Vera Cruz.	— Juan CARREDANO.